

MS. 2776

MEMORIAS Ms. 2776
DE 1955

Memorias y Recuerdos
de D. Alejandro Martín Escobar
vecino de Villaseca de Guzmán



EL CAMINO DE SANTIAGO

*Libros antiguos y de ocasión,
Grabados, Coleccionismo, Regalos...*

*Fernando González Regueral, 6
(Paralelo a Calle del Cid junto a San Isidoro)
Tfno 987 22 26 71 - 24003 LEON*

MS. 2776





Puede ser el pueblo de

Villaverde de ^{la} Guarina?

Al lado de

En la frontera a 3 Km de la otra Valladolid
cerca de Guarecello.

M E M O R I A S

Y

R E C U E R D O S

Hoy día 4 de Agosto de 1.955.

Yo, Alejandro Martín Esteban, natural y vecino de Villaverde de Guarina de 75 años de edad, hijo de Ignacio Martín García y de Isabel María Esteban Rodríguez, casado con María Andrea Rodríguez Benito; me propongo escribir algunas de las cosas más salientes acerca de las cualidades, condición de caracteres, vicisitudes, etc, de mis abuelos, padres y algunos otros parientes más próximos, pues siempre es grato el saber y dar noticias de nuestros parientes, antepasados y coetáneos, q. e. p. d.

Principiaré por mi abuelo paterno. Su nombre era: Diego Martín y desde joven se dedicó al oficio de la agricultura, era de regular estatura, y algo inquieto de carácter. No puedo decir de su juventud, más que, se casó a los 18 años. Fué la causa de este casamiento tan temprano, la existencia de la Ley, que concedía, a los varones que con-

755
35.000

trajeran matrimonio antes de los 19 años, el privilegio de quedar totalmente libres y exentos del servicio militar.

Su mujer también era de Pedrosillo; pero este matrimonio, que no tuvo hijos, quedó pronto roto, porque a los tres años fallecía su esposa, siendo viudo mi abuelo a los 21 años de edad.

Pasado no mucho tiempo, contrajo matrimonio con su segunda mujer, que era de La Vellés - no sé el nombre, ni tampoco de la primera.

De este segundo matrimonio, nacieron dos hijas. Mi tía Ambrosia y mi tía María; la primera madre, a su vez de Francisco y de Cipriano; El Francisco, fué padre de Miguel - Canónigo en la actualidad - y su hermano Francisco, y el Cipriano, fué padre de Antonio - guardia municipal; de José - estanquero de Pedrosillo - y otros dos más.

Mi tía María, fué madre de Hermenegilda; y esta, sería más tarde abuela de Eusebio - actual tejedor de Pedrosillo; su hermana, casó con uno de Pitiegua y es hoy panadera, también en Pedrosillo.

Mis tías eran de baja estatura; la Ambrosia de mucho genio; en cambio la María le costaría hacerse una violencia, si alguna vez tuvo que enfadarse. A esta, la hija le salió mala, por cuya causa mi padre tuvo que darle muchas veces lo necesario para seguir viviendo - yo recuerdo, haberle llevado de pequeño, varias veces dinero y cosas de co

mer. Cuando vino Diego de Cuba, se enteró de los malos tratos de que era objeto, y con aquel su temperamento violento pero justiciero, entró un día en su casa de la Hermenegilda y les dió una tremenda paliza, a esta y a su marido.

Tampoco fué muy duradero el segundo matrimonio de mi abuelo, antes de los ocho años ya quedaba viudo por segunda vez. De suponer es que ahora quedara aun más atribulado que al ser viudo por vez primera, ya que de este segundo matrimonio había dos niñas. Además de la pena por la muerte se sumarían las necesidades de orden económico; pues se sabe que la segunda mujer era de familia que no tenía fortuna.

Así las cosas, no le quedaba al hombre más remedio que casarse de nuevo; claro que tendría que ser en medianas condiciones; pero, que hacer?. No había otra solución, y con trajo terceras nupcias en Arecdiano, con la que llegaría a ser mi abuela, pobre, desde luego, pero guapa, según las referencias que oí a mis parientes de Arecdiano: Yo, aún conoci a tres primas hermanas de mi padre, en este pueblo de Arcediano, gente de un genio indomable.

Recordando referencias de mis tías Ambrosia y María, que fueron entenadas de mi abuela, decía que: afondar levantaba las pajas del suelo.

Violenta en extremo pero de buenos sentimientos.

En cierta ocasión, rió mi abuelo, por una linde al sitio del Torpedero, en término de Pedrosillo, con uno que llamaban "el tío Galán" (fué el primero de tal nombre,

luego le han sucedido muchos). Dicen que era malote y de muchas fuerzas, en la pelea cayó mi abuelo debajo, lo que le haría llenar la peor parte; pero, no sé por que causa estaría por allí mi abuela, la cual acudió enseguida, en su defensa con una azuela de escardar, y fué tan activa en ayudar a mi abuelo, que, "el tío Galán" salió muy mal parado y con bastantes heridas en los brazos y la cabeza, hechas todas ellas por mi abuela.

Indudablemente, que, debía de ser una familia de valientes; yo conocí dos primos míos que eran guardias civiles cuñados de Peruchó; y, éste me contó varias hazañas de ellos. Así que cuando yo veía enfadarse al de cañadilla, pensaba y me decía interiormente: Este ha sacado lo de la abuela de - Arcediano.

El tercer matrimonio de mi abuelo debió durar de doce a catorce años. Murió mi abuela a consecuencias del parto en que dió a luz a mi padre.

Y aquí tenemos a mi buen abuelo, viudo por tercera vez; al pesar de su última esposa, mi abuela.

De este tercero y último matrimonio, le quedaron tres pequeños; mi tía Teresa, mi tío Andrés y mi padre que solo contaba dos meses. La mayor era tía Teresa que estuvo casada con mi tío Lázaro; y tuvieron dos hijos; Prudencio y Rosendo. El primero a su vez, dejó otros dos hijos; uno murió en la guerra del 36; del otro no se sabe nada desde hace muchos años; no pudo decir si será muerto o vivo; Rosendo no tuvo hijos.

Era mi tía Teresa bastante bien parecida, y mejor puede decirse guapa, buena estatura y muy blanca, también de genio fuerte, bastante parecido a la madre; como el marido era poco trabajador, en sus últimos años lo pasó medianamente; mi tío Andrés le mandaba desde Cuba dinero, con lo que aliviaba mucho su situación; lo mismo hacía con mi tía María, pues las dos tuvieron la desgracia de criar malos hijos; también mi padre les ayudó mucho.

No olvidemos el abuelo que quedó en mediana, o mejor dicho, en tan mala situación, pues las dos mayores estaban ya casadas, quedándole en casa las tres de la última mujer, bastante para sufrir, él estaba enfermo de lo que entonces se llamaba mal de pecho; enfermedad que se iba agravando y que no tardó en minar y destruir totalmente su ya delicada salud, pues apenas habían transcurrido cinco años desde la muerte de mi abuela, cuando también él bajaba al sepulcro.

¡Triste situación la de aquellos tres hermanos huérfanos ya de padre y madre; Mi padre apenas contaba 5 años, mi tío nueve y mi tía Teresa aproximadamente catorce. A mi padre lo recogió mi tía María; a mi tío Andrés lo recogió mi tía Ambrosia; y mi tía Teresa es de suponer que iría a servir, pero no lo sé; Y así quedaron repartidos estos infelices.

Mi tío Andrés estuvo poco tiempo con su hermano, a los doce años se fué a Salamanca, colocado en algún sitio de recadero; había sido poco aficionado al trabajo, y con frecuen-

cuencia regañaba con su hermana que también tenía genio vivo y poca paciencia. Sin embargo dicen que él era muy despierto y aficionado al juego, engañando o ganando con facilidad a los chiquillos de sus mismos años, por lo que en Pedrosillo se le conocía con el apodo de "Pillaca".

En Salamanca estuvo poco tiempo, pero en casa de mi tía no volvió. Contaría unos catorce años cuando pasó a Valladolid, colocándose en una dulcería o pastelería, sin que nadie de la familia volviera a saber de él.

Llegado el tiempo de cumplir el servicio militar mandaban citaciones y requisitos, lo buscaban por todas partes, pero no aparecía; el amo de Valladolid era cómplice para que no se le encontrara.

Pero luego, pasado algún tiempo, se presentó a las autoridades militares, alegando que conocía las Leyes (no) y que por esta causa no lo había hecho antes.

No sé si sufrió suerte o marchó voluntario a Cuba.

Mientras esto ocurría con mi tío Andrés, mi padre continuó en Pedrosillo en casa de mi tía María casada con mi tío Eusebio, cuyo oficio era el de tejedor, aunque más tarde se hizo labrador con la esperanza y el proyecto de que arara mi padre, como en efecto sucedió.

La situación económica de mi tío el tejedor era sumamente precaria, hasta el extremo de faltar a veces el pan. Cuando mi padre tenía once años, principió a arar, en condiciones bien desfavorables por cierto, pues como su cuñado no

era labrador nada podía enseñarle. Era un tío suyo que llamaban quien iba a ponerle el arado; así de mala manera, con muchos trabajos y sufrimientos hubo de ir aprendiendo mi padre el oficio de labrador.

Cuando tenía trece años puso en cerro una tierra de cinco cuartas en el término de Gomecello, donde es ahora panera y fábrica de los Lucianos junto al que entonces se llamaba el Camino de Salamanca - pues en aquella fecha no estaba construido aún el ferrocarril.

Dicen que hubo que hablar mucho de la buena labor que dejó en la tierra y que la gente se negaba a creer que hubiese sido el muchacho del tejedor quien la había hecho. Por contraste, su cuñado pagaba mal estos servicios buenos, a la menor falta le daba palos y mala vida; mi tía y mi padre lloraban juntos las intemperancias del tejedor.

Cuando hicieron la carretera de Valladolid a Salamanca tenía mi padre doce años y ya anduvo trabajando en ella a jornal, pues desde muy joven estuvo bien desarrollado en fuerzas, que ejercitó desde niño. Cuando venía a arar, algunas tardes no había pan para merendar y mi tía asaba garbanzos para entretener el hambre hasta la hora de cenar. Contribuyó mucho a tan gran escasez el hecho de venir varios años seguidos de sequía, a consecuencia de lo cual las cosechas fueron tan malas que el que tenía tres pares de labor hubo de quedarse condos, con una pareja. Tan malos fueron aquellos años, que ni siquiera recolectaban paja para el ganado. Ocurría esto por el año 1.860.

Así continuó mi padre en Pedrosilla hasta la edad de quince años, en que lo llevó a su casa en Pajares su padrino y su pariente; llamado Ignacio hombre de posición acomodada y sin hijos; en cuya mente parecía que existía el propósito de hacer lo posible para que cuando llegase el tiempo casarlo con otra sobrina suya. Allí estuvo trabajando cinco años y cobrando el sueldo íntegro de su cuñado. El padrino tenía diez bueyes de labor, y la mayor parte de los trabajos del año los hacía el, entre otro sobrino suyo y mi padre. En los primeros años, el padrino estaba en buen suje y lo reservaba bastante, haciendoles además halagadoras promesas de dejar la mitad de los bienes para cada uno. Más estas ilusiones no fueron muy duraderas, prontón se puso achacoso enfermo de gravedad, y, a los cinco años de estar allí mi padre murió. Entonces ya sin apoyo de nadie, nada había que hacer en aquella casa, los bienes pasaron a los sobrinos como parientes más próximos.

Tenía en aquella fecha mi padre veinte años. Como hacía muchos años que no sabía nada de su hermano, mal podía comunicarse con él. Muchas veces le oí decir ¡Ay! ¡Si yo sé entonces donde para mi hermano; ¡Que buena ocasión para haber ido a su lado. Pero las cosas estaban dispuestas de otra manera. Bien dice el refrán "que el que nace para pasar trabajos, desde la cuna comienza".

Aquel mismo año marchó a servir a Villanueva de los Panories, en casa de una viuda que tenía doce bueyes de labor entonces labraban también la Orbadilla - Allí tomó la alternativa, y fué como constituido mozo mayor con todas sus conse-

cuencias.

Estuvo cinco años haciendo vida de trabajo fuerte, - Todos los cuidados y responsabilidad pesaban sobre el; apenas tenía tiempo para dormir; era de su cuenta llamar a toda la dependencia en la madrugada; varias noches, para tener seguridad de despertarse a tiempo, tenía que acostarse si así puede llamarse en la viga del carro. Uno no se explica que el cuerpo humano pueda resistir tanto.

Todos los años pasaron por su mano setenta huebras de barbecho, puestas en cerro y despachadas. Al finalizar el quinto año no quiso continuar.

Tengo que advertir, que el sueldo continuaba cobrándolo el tejedor; y eran; mil doscientos reales, cada año completo.

Al siguiente año se vino a servir a Pedrosillo, en casa de Francisco Mariano más conocido por el apodo del "pistolero", labraba con seis bueyes, y el amo no hacía más oficio que cuidar del ganado y rebezar. Incluso en el invierno le daba dos rebezas: A las diez de la mañana y a las tres de la tarde pero al salir el sol ya estaba arando.

Cuando principió a trabajar en casa de este señor ya lo había querido ajustar un parejero, es decir, que solo tenía una pareja de bueyes; pero mi padre se negó rotundamente. Decía que era mucha mengua para él, servir en casa de tampoco trabajo se ha de hacer constar que le habían ofrecido ganar la misma cantidad de lo que se deduce que sentía el orgullo de trabajar mucho.

Al terminar el año, y ya ajustado para el siguiente

le sorprendió la guerra Carlista, que en aquella fecha llegaba a su mayor apogeo; cuando él contaba veintisiete años hubo de incorporarse, vestir el uniforme, y cumplir el servicio militar a campaña.

Después de aprender la instrucción, fué destinado al Norte, y por allí estuvo próximo a dos años, hasta que se terminó la guerra. Actuó en Infantería y perteneció al cuerpo de ejército que mandaba el general Morriones. Le oí decir muchas veces, que aquello fué, para él, como una romería; lo mejor que hasta entonces había vivido y algo así como una especie de unas largas vacaciones, comparado en la intensa vida del trabajo anterior.

Pero... Dejo aquí a mi padre, licenciado de la guerra Carlista; y, a mi tío Andrés allá en Cuba haciendo la guerra contra los Insurrectos que pretendían hacerse independientes; y, principiaré a tratar de mis abuelos maternos.

C A P I T U L O I I

Mi abuelo materno se llamaba Alejandro Esteban, era natural de este pueblo de Villaverde de Guarrena, y, también estuvo dedicado a la arquitectura, descendiendo de familias humildes. Nada sé de su juventud no le oí decir nada a mi abuela ni a mi madre a pesar de que ya contaba yo 14 años cuando murió aquella. Como ya decía que era de familia humildes, puntualizaré más diciendo que escasamente llegaron a treinta huebras de tierra la extensión de esta cultivana pero solo unas tres cuartas de huebra eran propiedad del matrimonio, y todas las restantes de renta. Mi abuela y madrina se llamaba Juana

Rodríguez y fueron doce de los que un día compusieron la hermandad. Mi abuelo materno me decían que era de baja estatura lo que quiere decir; bajo- y bastante corpulento. Cuando yo era muchacho me decían los de su época que en mí veían un retrato de mi abuelo; oí también que era trabajador hasta tocar en el extremo, cristiano ferviente que ayunaba todos los días en viernes del año, correcto y de inmejorables condiciones. Mi abuela, fué alta y bien dispuesta en su juventud bien parecida, bromista y decidora muy franca en su trato, y valiente donde las hubiera. En casa de sus padres, que labraban con dos pares trabajó mucho por ser ella de las mayores de la familia. Parece ser que el tiempo de la siega, cuando era soltera, se ponía al frente de la cuadrilla y llenaban mal rato las segadoras para seguirla. Le oí decir a mi padre que, después de el haber entrado en la familia, también pasó malos ratos para segar al paso de ella y eso que entonces era ya bastante entrada en años. Estos mis abuelos tuvieron tres hijos; mi madre la mayor, y dos varones, uno de los cuales murió de pequeño. Me contaba mi abuela que vivían muy agusto y satisfechos, prosperando en fortuna dentro de los pocos medios con que contaban pero que cuando llenaban catorce años de casados. El Señor llamó a cuentas a mi pobre abuelo. Una traidora pulmonía arrebató su vida en solo tres días. Esto sucedía en el verano, cuando no contaba más que treinta y siete años de edad. Con que dolor soportaría y mi abuela este golpe tan rudo. Le quedaron; mi madre de doce años, mi tío Leonardo de nueve y uno más pequeño de cuatro

Mi abuela cogió un criado ya de bastante edad, por dos razones; primera porque le costaba menos y segunda por no ser criticada. Unas veces este hombre trabajaba a jornal y otras como en el verano ajustado por unos meses. Aunque la labrora era pequeña, casi ininterrumpidamente le hacía falta esa pequeña casi ininterrumpidamente le hacía falta. Aun recuerdo que le oí contar muchos de los trabajos y penas que pasaron. Además de las muchas economías con que tenían que vivir, por los pocos medios de que disponían; todos los criados le llevaban algo, las tierras mal aradas, el ganado mal tratado, todo se volvía contra y descontento. ¿Que podían decir para la familia treinta huebras después de pagar la mahta y soportar el criado. Desde nueve años que tenía el muchacho cuando murió el padre, hasta quince o diez y seis ; Que equilibrios tendría que hacer y por que privaciones tendría que pasar esta pobre familia. A pesar de todo se resistieron sin vender nada e incluso pagaron algunas deudas contraídas por mi bisabuelo que había muerto arruinado. No se puede menos de reconocer que resuelta así tan airoosamente una situación tan crítica, por esta gente fué, no ya en hecho meritorio sino una autentica heráldica.

Cuando mi tío Leonardo fué siendo mayor, se desenvolvieron mejor, . Pero dejemos ahora a mi abuelo suspirando todavía aunque en situación mucho más fuerte con mi madre y mi tío Andrés hechos mozos el pequeño había volado al cielo.

C A P I T U L O I I I

Volvamos a ocuparnos de mi tío Andrés que le dejamos allá en la guerra de Cuba; y de mi padre ya biennciado de la guerra Carlista. Este, como no sabía otro oficio que trabajar en el campo, no le quedaba más remedio ni otra alternativa que seguir trabajando para atender a las necesidades de su sostenimiento diario. Al día siguiente de llegar licenciado a Pedrosillo fué procurarlo un labrador del bio Sayagües el cual labraba con ocho bueyes y tenía otro criado, que era de Villaverde primo hermano de la que con el tiempo sería mi madre. He de advertir que este criado de Villaverde fué compañero de mi padre el tercer años de estar en casa de Sayagués.

Pues bien, se conoce que al ser compañeros vivieron por Villaverde juntos algun día de fiesta. El padre del compañero del mío vivía vecino de mi abuela y era hermano de esa por lo que se suponer que fueran por su casa. Lo que si es cierto que, mi abuela cuando vió la pareja de mozos le dijo a su sobrino ; Vaya compañero que tienes. No te le visto nunca mejor mozo. Pasaba esto delante de mi madre y era la primera vez que el y ella se veían-Aquí vemos una muestra del caracter abierto y decididor de mi abuela. Fuera ello como fuere, resultó que pronto principiaron las relaciones de noviazgo que duraron aproximadamente un año, afian-



zandose cada vez más.

Cuando mi padre cumplió el tercer año de prestar sus servicios en casa del referido Sagués, determinaron casarse; lo que realizaron en el primero de Febrero del año 1.79.

Como la labor en casa de mi abuela era casta y no había para emplearse mi tío y mi padre; este pensó primero seguir sirviendo, más como tenía ahorrado el importe de lo ganado en los tres últimos años, cambió luego de parecer compró unas fanegas de grano y proyectó dedicarse al préstamo y a la compraventa, además de ganar en el pueblo algún jornal cuando tuviera oportunidad. Para que mejor pudiera desenvolverse en este nuevo rumbo de su vida, el tío Sagués que era hombre pudiente le había ofrecido sin ningún interés el dinero que necesitara para llevar adelante el negocio.

Pero vino a deshacer este proyecto un nuevo acontecimiento: Un hermano de mi abuela, labrador de pareja se había arruinado, no quedándole para pagar la renta y le brindó a mi padre con dicha labor. Se debían dos años de renta y las pérdidas eran bastante grandes pues las tierras estaban medio perdidas, no era clara la papeleta; mi padre estuvo vacilando; pero después de pensar y repensar se decidió a cogerlas.

Ya tenemos aquí al hombre que siendo labrador por

su propia cuenta el que tanto había trabajado para los extraños se dispónia ahora a trabajar para si y para su nueva familia . En su nueva situación todo empezaba. Tuvo que comprar unaa pareja de bueyes aperos y herramientas; pagar dos rentas atrasadas y hacer frente a los gastos de todo el año, para el matrimonio y para el ganado. Agotó todassus reservas y no tuvo suficiente; por l que aquel año hubo que prescindir de hacer la matanza - que es llenar la despensa para el año - por miedo a engañarse. Yoa en la primavera tuvieron - que acudir al tío Sayagués para que le prestara alguna cosa con que atender a las necesidades más urgentes y apremiantes. En tan lastimosa situación económica, estappobre gente no tenía más remedio que tirar para adelante evitando gastos cuanto humanamente fuera posible. Para ello en el verano se juntarion mi abuela y mi tío Leonardo - este aun soltero - Tenían para ambas casas un sáo carro, y este medio destartado; de personal cogieron para ambas casas un muchacho que les servía poco más que para llevarles las comidas; por parte, solo dieron enaál verano solo cuatro jornales a una sola persona. Mi padre que jamás había segado una manada - siempre anduvo arando y acarreando - en ocasiones cuando no segaba mi tío hasta tuvo que hacer de mayoral. Creo que mi padre temblaba cuando se ponía a sembrar o a segar mi abuela, pues, entonces, él, por no quedarse paba atrás tenía que sudar la gota gorda y pasarlas negras. Le oí decir años más tarde que en aquellas ocasiones había añorado los tiempos

enque había estado sirviendo y pensaba que había sido mejor lo pasado. Al menos en casa de los amos comía y bebía bien.

Quando se quedabana dormir en la tierra no dejaban de segar mientras duraba la luna en el horizonte, mi madre no podía ayudar, pues apenas podía trabajar en casa, por ir avanzando en su embarazo: Mal debió de pasarlo mi buen padre y por si esto fuera poco el y mo abuela aún no se entendían; ella enseñada a mandar de tantos años que llevaba viuda quería dirigirlo todo, además como en su mayoría, había tenido criados poco fieles y como además era mujer, era desconfiada en extremo; cuando notara mi padre que también desconfiaba de él; Quando debió de padecer, maxime conociendo el temperamento de mi padre, que aunque siempre tuviera el genio bien domado y fefrenado por las circunstancias adversas en que se desenvólvió su juventud no dejaba de ser, de natural violento mientras le tocaban el pelo de la rōpa. Y en cuanto a honradez; por Dios que era capaz(in) de coger una alfiler que no le perteneciera. Verdaderamente ella se arrepentiría cuando no pasando mucho tiempo había de llegar a quererlo tanto o más que a sus propios hijos. Pero en aquellas circunstancias mi padre tenía que tragar saliva sin poder moverse ni hacer un solo gesto de protesta, ya que no contaba en medios de defensa; no tenía ni casa donde vivir, era pues forzoso el tener que resistir. Dós años pasaron viviendo juntos, al cabo de los cuales pudo

adquirir una casita, aunque malucha; ya tenía donde refugiarse. Tengo que hacer constar aquí que mi tío Leonardo era hombre muy razonable y entendimiento claro, nunca tuvo con mi padre más alta una palabra que otra, es más; cuando la abuela y mi padreno estaban de acuerdo, el siempre se ponía a favor de mi padre, y nunca hacía nada sin contar con este. Claro que, también es cierto que tenía mucho que agradecerle, pues por mi padre había conseguido perfeccionar en el arar, sembrar, y demás oficios de la agricultura. Siempre nacían las labores juntos, y poco tardaron en cambiar de pelo las tierras dando mucho que hablar a la gente del pueblo de la buena y abundante producción que de ellas obtenían.

Unos años más tarde contrajo matrimonio mi tío Leonardo, pero esta unión, desgraciadamente fué poco duradera, puesto que al año siguiente moría dejando un solo hijo que también se llamó Alejandro.

Murió mi tío en el mes de Julio de 1.888, cuando contaba yo solamente ocho años de edad, a pesar de lo cual me acuerdo perfectamente. Fué una muerte muy sentida por la mayor parte del pueblo; a pesar de que solo tenía 26 años cuando murió; decía la gente que no parecía de aquellos tiempos era tan reposado en su conversación formal y afable con todos en el trato diario que no tenía ni un solo enemigo. Mi padre debió sentirlo mucho a juzgar por lo que lo lloró; Recuerdo aún verle que venía llamando los bueyes de vara por el camino de Pitiegua con un carro de trigo y venía llorando.

Tampoco se me ha olvidado la fuerte y extraña impresión que a mi me produjo ver llorar a mi padre. Mis cortos años no sabían ni comprendían que pudieran llorar los hombres mayores. Es curioso que yo lloraba de verlo llorar a él..... me decía. "No llores hijo, no llores" Y yo le contestaba "No llore usted y tampoco lloraré yo".

A consecuencia de la muerte de mi tío Leonardo, agrandó la labor de mi padre, y en consecuencia tenía más trabajo. Trabajaba él solo con dos parejas rebezadas y no le quedaba ni un día de solar y descanso.

Viéndole mi madre, tan cansado eran muchas las mañanas que sin decir nada y aún sin que él la sintiera, se levantaba ella a apajarle los bueyes. Es de justicia hacer constar, que mi madre no era menos trabajadora, como prueba lo que acabamos de decir.

Tenían entonces una pareja de bueyes y otra de vacas, pero pronto siguieron cogiendo tierras y más tierras, hasta conseguir disponer de dos parejas de bueyes. Sucedió por aquella época que se arruinaron varios labradores a quienes antes les había ido bien, y como mi padre ofrecía más renta que nadie encontraba tierras con facilidad.

La viuda de mi tío Leonardo y el chiquito, fueron a vivir con un hermano quedándose solo con una pequeña senara de las tierras de mi abuela; en tanto, mi padre al tener más tierras, se enterraba cada vez más en el trabajo; aún en

pleno invierno principiaba a arar plenamente antes de salir el sol - si el tiempo lo permitía y cuando regresaba a casa ya era anochecido. Si algún año cogía algún criado ya entrada la primavera, casi ninguno lo aguantaba no le hacían las cosas a su gusto y regañaba con ellos.

Cuando yo tuve catorce años, comencé a arar a dos pares - juntos - siempre me ponía el arado y me decía "Ten cuidado siempre por la mitad del cerro; el pulso como si fuera atornillado". De vez en cuando, me preguntaba ¿Que andas a gusto?.

Aunque se pasaron varios años, cuando se acercaba a la labor que hacía yo, me temblaban las pantorrillas. Cuando me parecía así que lo hacía bien lo llamaba a ver que le parecía; siempre tenía que encontrar alguna falta. ¡Era tan exquisito y exigente que, muy pocos podían darle gusto.

Mucha parte de la mala contestura de carácter que llegaba a tener procedía del padecimiento de estómago que adquirió a consecuencia de quedarse repentinamente frío tras de un fuerte sofoco. Ocurrió en cierto verano que limpiaba el solo una parva de sesenta panegas de garbanzos - no consentía que nadie lo ayudara, le parecía a él que nadie sabía limpiar bien los garbanzos al terminar, se presentó de improviso una tormenta de mal aspecto; tuvo que medirlas para recogerlas con toda precipitación y rapidez que le permitían sus fuerzas que no eran pocas, cuando le faltaba poco y sudaba a más no poder llegó a ayudarlo; le recogió

la media y el descansó un poco sin darse cuenta de que se quedaba frío. Por la noche lo pasó muy mal, creía morir-se, gracias a Dios salvó pero le quedó en el estómago una dolencia reumática para siempre.

Mi madre padeció bastante con aquel geniazo tan fuheste; algunas veces lloramos juntos, claro que no era siempre así, pues tenía otros muchos días de extraordinario buen humor. Y de bueno, a carta cabal; si a alguno de la casa nos dñía un poco la cabeza, aquel hombre no podía estarse tranquilo en ningún sitio; y no consentía que saliera de la cama hasta después de estar completamente curado; A mi madre igual que a nosotros no era capaz de negarnos un gusto, nunca sabía el dinero que había en casa, ni se ocupaba de lo que se gastaba. En general, era incapaz de negar a nadie lo que le pidiera, hasta el punto de que cuando iba alguien a casa para pedir alguna cosa y no convenía darlo o no lo había tenía que salir mi madre a poner la cara. Alguien que lo había tenía que salir se lo pedía en la calle porque tenía la seguridad de que si lo tenía no se atrevía a negarlo; y si alguno no pagaba consentía perderlo antes que pedirselo.

Tampoco es menos cierto que esra bromista cuando llegaba la ocasión recuerdo que en la fiesta de Pedro-sillo a la que iba todos los años; se había con quien jugar que en tales días no suele faltar, se le hacía de día en el asiento, nadie le achicaba en tales ocasiones y era el último en levantarse. Nunca se me podrá olvidar que en

un año, el segundo de día de dicha fiesta, me despertó en la mañana mi madre y me dijo. "Tu padre no ha venido de Pedrosillo, tienen que haberlo matado, debes montarte en la burra e ir en busca suya". Entonces aun era yo un "pigorro", como de catorce años, me levanté preocupado y fui a por el; siendo esto poco antes de salir el sol.

Cuando llegué a Pedrosillo, no se veía a nadie por la calle, llamé en casa de mi tía y me dijeron: se fue al terminar de cenar. Pregunté luego en una taberna y me contestaron, "no está, hace mucho rato que se marchó".

Como llevaba en mi imaginación aquellas palabras de mi madre, de que si le habrían matado. Pensé en mi interior, "tiene que ser cierto; no está aquí en el camino tampoco, luego, le habrán matado. Volví bridas para regresar a casa, con mucha pena; pero cuando subía por las calles del señor Cura lo encontré en la plazuela de Mangolines, hablando con su amigo Patricio. Vaya alegría me inundó al verle ¡.

Le dije: Me ha mandado mi madre a buscarle, - porque decía que lo habrían matado. Los dos se echaron a reír, el Patricio se entró para casa, y mi padre se vino conmigo para Villaverde.

Cuando llegamos a casa; Vaya la que se armó; Entramos y mi padre cerró la puerta, sin duda que esperaba yael chaparrón que se le vino encima. Se dirigió para la sala a quitarse la ropa de las fiestas y en el acto principió a insultarle mi madre. Lo primero que le llamó fué "mata-mujeres", y repito, no eres más uque un matamujeres

perdido, me tienes aquí hecha una esclava. Y eso que te lo advertí. No hagas lo que otros años. No vengas tarde. Aunque vuelvas mañana, pero ven pronto. Has hecho buen caso, etc., etc.

Mi padre en tanto, como si estuviera mudo, se cambió de ropa y fué a apajar los bueyes sin rechistar ni una palabra. Pero ella, machacando siempre detrás el seguía con sus demuestras de filípica comenzada. Vaya un padre de familia, vaya ejemplo que das a los hijos. Y como mi padre no respondió, se le poní a delante y seguía. Pero contesta hombre, contesta siquiera defiendete, pero el nada, como si fuera de piedra. En vista de lo cual se cansó y lo dejó.

Subió mi padre al sobrado y se puso a cribar trigo para ir a sembrar, más como se sintiera muy cansado se sentaría en algun saco y al minuto sin querer se quedó adormilado. Tan presto sintió mi madre que no sonaba la criba subió a continuar el sermón. Así, así, cuerme mientras los bueyes estan esperando que vaya a echarles de comer. ¿Que culpa tendrán los animalitos de lo que tu haces mal?. El hombre, sin responder, humilde como un cordero, bajó a echarles, estaban los animalitos comiendo, porque ya les había echado yo. Volvió a subir, cribó de pronto y luego se fué a sembrar sin almorzar. Tdo el día trabajó como un león, tapó dos haebbras y media, yo le araba mientras el estaba sembrando; cuando echavamos los trameseros ya era de noche. Se daban algunos casos de estos, pero

ello era muy de tarde en tarde.

Con esto quiero probar que tenía de todo. Tenía un geniazo, y un pronto violento, que llevaba dentro y le venía de su madre, escarcerbado y agulizado en ocasiones por el cronico padecimiento de estomago. Pero con todo - ello; tenía también mucha alegría natural y espontanea - cuando el medio ambiente era propicio, y extraordinaria mansedumbre, si los acontecimientos y circunstancias lo p - pedían.

Respecto de mi abuela Juana, como consecuencia de la muerte de mi tío Leonardo vino a vivir con nosotros; poco tiempo antes le había dado un parálisis que le inutilizó una mano, alcanzandile tambien una pierna y algo de la lengua, por lo que quedó bastante taptamada. Era - tan triste estado permaneció seis años, al cabo de los cuales murió el día 13 de Enero de 1.894 después de haber vivido sesenta y nueve años.

A la muerte de mi abuela reinó en nuestra casa una gran tristeza; a pesar de ser de edad avanzada y estar inutilizada, parecía que nos faltaba una cosa indis - pensable para vivir. Dejó un gran vacío en la familia. Después como cosa natural fué llegando a la conformidad.

Mientras tanto el tiempo iba pasando. Yo hice 15 años, mi hermana doce, mi padre y mi madre seguían - trabajando mucho, y prosperando bastante, las utilidades

eran abundantes y los gastos pocos.

Después llegaron los veinte años. Luego, los 25. Ya tenía yo que pensar en cosas serias. Había que ir trabajando de casarse; y como el tiempo corre mucho, llegó el momento.

Todos juntos, padres e hijos, trabajamos con intensidad y entusiasmo en aquella bendita casa, era el verano, una triste madrugada del mes de Julio, el día 7, poco antes de principiar el día; cuando nos disponíamos a salir de casa para ir a recoger yerros, dijo mi madre. "Me pongo mala". La cogimos en brazos y la llevamos a la cama, tal como estaba vestida. Nada podemos hacer por ella. La muerte que a todos nos iguala había clavado en ella sus terribles garras, era cadaver. Dos días antes había confesado y comulgado.

La muerte de mi madre fué el dolor más grande y más cruel que jamás experimenté en mi vida, créi no poder seguir viviendo. Todas las cosas que yo le había hecho de pequeño o de mayor, por pequeñitas que ellas fueran, se me agrandaban y se multiplicaban en la memoria, metiéndose en el corazón que parecía que iba a ahogarse dentro del pecho; teniendo por la criatura más desdichada de la tierra. Cuando en ocasiones de estas solo me llegaba de improviso el ansia de llorar, parecía que quería vaciarse el pecho por los ojos. A veces, mi mujer trataba de consolarme sin lograr conseguirlo. Pasados muchos meses se fué aminorando el dolor, y me consolaba mucho con rezar.

Había sido mi madre de regular estatura, menuda, arisca, de genio fuerte pero callado, y de muy firme vilun-

dad. No le gustaba tener muchas amistades, pero las que tenía eran francas y leales, amaba la soledad; no salía de casa si no era de necesidad; sería en su semblante, pero ambale en su trato. De cara morena, y blanca en extremo por el cuerpo. Muy enérgica, siendo yo muchacho, tuvo necesidad de darme algunas palizas, y nunca le temblaba la mano para administrarme las que hicieron falta. Me acuerdo que algunas veces me dejaba entumecidos los brazos y piernas. Cuando no obedecía y me escapaba, cogía una varita de la mano y salía tras de mí, si me tiraba de la fuera del pueblo, no por ello me dejaba salirme con la mía, seguía tras de mí aunque tardando todo el tiempo que fuera necesario. Y claro, colocándose en tal actitud no me quedaba más remedio que entregarme. Temblando de pies a cabeza, me tiraba voluntariamente en el suelo para cobrar a discreción, tenía que darme todo lo que quisiera. Si para defender alguna parte del cuerpo ponía los brazos, en ellos me daba, y si ponía las piernas, recibía en ellas. Los días siguientes a alguna de aquellas palizas yo andaba cojeando y me costaba trabajo mover los brazos sin dolor. Yo, sinceramente, reconocí años más tarde que era bien poco lo que me castigaba, para lo que merecía, pues era indómito como el que más, mientras tuve pocos años.

Muy virtuosa y cristiana era también mi madre, ayunaba todos los sábados del año; toda la cuaresma y dos días de Semana Santa se quedaba a pan y agua aún a pesar de estar enferma del estómago; confesaba y comulgaba con frecuencia. No hablamos de trabajadora, siempre y en todo tiempo era ella

la primera que se levantaba en la casa. Durante el verano, siempre era ella la que llamaba tanto en la mañana como en la siesta; si bien, esta en aquellos tiempos apenas se disfrutaba. Uno no se explica, cuando podía dormir aquella mujer que todo era nervio, eran muchas las noches que ni siquiera se desnudaba y el poco descanso que se tomaba lo hacía recostándose en una silla. Cuando murió contaba 56 años.

Con la muerte de mi madre la casa recibió muy duro golpe, mi padre, habituado a los cuidados de mi madre y con sus sesenta años, al principio lo pasó muy mal. Luego con el tiempo fué recuperando energías y aún resistió en buen suceso bastantes años más. Se casó mi hermana, y entonces nos separamos, mi padre se quedó con ella y siguió regulando la labor de mi cuñado, interesándose por las cosas de este, tanto como se había interesado por lo suyo. En contrapartida, mi hermana sufrió bastante por las intemperancias de mi padre y la ausencia de su marido, que por exigencias propias de su oficio de negociante en reses casi siempre estaba en Madrid. Pasados varios años, mi padre principió a doler de la próstata, sufriendo mucho en sus últimos años, con una enfermedad, tan odiosa, sucia y molesta. Entonces apenas se hacían operaciones de tal especialidad con éxito. Especialmente los últimos cinco años, sufrió casi constantemente. Murió a los 79 años de edad.

Verdad es que sentí mucho su muerte, pero como llevaba ya tantos años de mucho martirio, me resigné mejor que cuando mi madre, mirandolo para él, en cierto modo como un descanso de tanto sufrimiento.

Encontremos con mi tío Andrés, hermano de mi padre, allá en la isla de Cuba terminando la guerra llamada de los diez años.

Sé que anduvo de operaciones, pero ignoro la producción que alcanzó. De lo que si estoy cierto es de que después de la guerra quedó residiendo allí, que contrajo matrimonio con la que luego fué mi tía; natural de las islas Canarias, pero que hacía tiempo se había trasladado a la perla del Caribe con sus padres y hermanos.

Unos seis años después de haberse casado mi padre, recibió un buen día carta de Cuba, era de su hermano; En ella le preguntaba si podía disponer de la casa paterna que existía en Pedrosillo y habían adjudicado a mi padre por herencia de los padres.

Quería trasladarse a España con toda su nueva familia. Contestole mi padre en sentido afirmativo, y, sabedor aquel de que podía disponer de la casa en que había nacido al poco tiempo llegaba con su familia.

Estableciöse en Pedrosillo, pero en segunda mi tío salía para Cuba con objeto de recoger algunas cosas y arreglar al mismo tiempo otros negocios que había dejado pendientes. Su hijo Diego era el mayor de los que contaba nueve

años; Gerardo 7; Encarnación 5. Estando en Pedrosillo nació Agustín. Mi tía - nombre Mercedes - hacía vida muy recogida; añoraba la tierra que le vió nacer, y donde había vivido; y sobre todo lloraba la ausencia de su marido. Diego estaba y asistía a la escuela de La Velles y aunque tenía pocos años ya entonces principiaba a dar que hablar.

Aproximadamente un año llevarían viviendo en Pedrosillo, cuando sucedió un hecho que cambiaría el rumbo que mi tío se había trazado. Una noche de viernes, mientras la gente asistía al miserere, entonces en casa de mi tía Mercedes y se la robaron, al entrar en casa de ella. No tardó en saberlo mi tío que vino inmediatamente. Una vez aquí se enteró de quien había sido el ladrón y resolvió interiormente buscarse y tomarse la justicia por sumano, pero no se conformaba con darle una paliza u otro castigo parecido que le sirviera de escarmiento, no, eso no, le parecía poco; y había resuelto que pagara con la vida;.

Al enterarse de tales propósitos mi padre, mi tío Antonio y demás parientes; con buenas razones y consejos trabajaron en su ánimo para disuadirle; y por fin lo consiguieron. Se vino a ordenarle la vida, pero a condición de perderle de vista. Decía que era incapaz de estar viendo siempre al enemigo; no respondía de que un día no se le incendiara la sangre y se lo quitara de encima. Los hermanos sentían mucho una nueva separación, pero la prefirieron antes de consentir que saliera y se vertiera sangre aunque ella fuera la de un ladrón. Así pues, convencido mi tío, principió a recoger velas y pronto regresaba con su mujer e hijos

a su nueva patria en las Antillas.

Otar vez se estableció en Manzanillo donde continuó trabajando con su "Poesca". Luego compró una finca que puso de nombre San Diego, así como una fábrica de tabacos y varias cosas más.

Así empleó el dinero que tenía preparado para invertir en España, si no hubiera surgido el incidente del robo, y se hubiera quedado a vivir por aquí, pues hablando con mi páre, le había dicho que disponía de dinero para comprar por lo menos Pedrosillo con casas, Iglesia y término enteros.

A mi padre le rogó y lo trabajó mucho para que se fuera con él, siempre le decía que le daba mucha pena dejarle aquí metido en la miseria; però mi padre, nunca se decidió a hacerlo. Es posible que en esta posición de mi padre, influyera la opiniónn de mi madre pues ella no vió nunca con buenos ojos su proximidad; y tanto mi tío Andrés como su hijo Diego, cuando luego vivió en Villaverde, no fueron nunca santos de su devoción. Decía con firmeza que, "De quien ho es buen cristiano, ya, nada bueno se puede esperar".

No tengo idea de haber visto nunca letra de mi tío Andrés; siempre que tenía que escribir se valía de su hija Encarnación, su secretaria, como decía él. Pues bien, cuando habían transcurrido unos diez años desde su regreso a Cuba con su mujer e hijos, cierto día recibimos carta de mi prima Encarnación; Mandaba las fotografías de todos los hermanos y hermanas, y también el de su madre. Entre otras do-

cosas, nos anunciaba que pronto vendrían a vernos su papá y ella. Durante los años transcurridos después de su estancia en Pedrosillo, habían aumentado bastante el número de hijos, que ahora eran los siguientes; Diego, Gerardo, Encarnación, Agustín, Rosalía, Andrés, Augusto y Mercedes; más Camilo y la Corina. Estos dos últimos quedaron huérfanos de padre y madre, eran hijos de un amigo íntimo de mi tío, por cuya causa al morir los padres los recogió en su casa y los trataron como hijos propios, en todos los aspectos, hasta el punto de que, les llamaban hijos, estos les decían a ellos padres, y todos se llamaban y se creían hermanos de verdad.

Pasados años y cuando todos fueron mayores, les dijeron el secreto, pero antes y después se tuvieron y trataron siempre como verdaderos hermanos.

Cuando el Camilo tenía unos quince años, le pidió permiso a mi tío para marcharse a los Estados Unidos de Norteamérica; le fué negado formalmente el permiso, pero el se marchó sin el consentimiento debido. Una vez instalado allí le escribió a mi tío, dándole cuenta de su vida.

Se colocó inicialmente en un establecimiento de comestibles, y su ocupación primera fué, la de fregar platos. Con el tiempo fué mejorando de empleo; luego, se hizo rico, intervino en la industria y actualmente tiene una fábrica de goma en la que trabajan unos mil quinientos hombres.

Supongo que se-ran varios los socios coparticipes.

En Mayo de este mismo año, quiné a Salamanca, para ver a un hijo que tenía en el Ejército de ocupación estadounidense a Alemania y desde esta, padre e hijo se acercaron a España.

Me dijo Andresito, Andrés el hijo mayor de mi prima Mercedes, que estuvo en Madrid con él, que, solo en fotografías había gastado unos mas de mil duros. La hermana, Carin, vivie en La Habana, su esposo es, o mejor, nació en Galicia, tienen comercio y viven muy bien.

A la carta en que nos acompañaban las fotografías de la familia, contestamos que tendríamos, mucho gusto en verlos pronto en nuestra compañía. Tenía yo unos quince años y era el más capacitado de la casa para escribir, pues mi padre, apenas sabía firmar. Posiblemente sería aquella la primera carta que yo escribiera, pasaría mis apurillos, pero de alguna manera había que salir del paso. Creo que esto sería por el mes de marzo aproximadamente.

Allá, en el mes de Septiembre, cuando menos lo pensáramos, y haciéndo una hermosa mañana, entra en nuestra calle un coche, se bajan dos hombres, después una señorita. Mi tío, alto y derecho, Encarnación alta también, delgada, fina como un coral, color trigueño, con el habla cubana que alegra y encanta. Llevaba el color de la madre, pues mi tío, al igual que mi tía Teresa y mi padre, tenía el cutis muy blanco. El señor que les acompañaba era mi tío Manuel que vivía en Salamanca aunque procedía de La Vellés.

Ocurría esto el día de San Cornelio, precisamente, preguntaron por Ignacio Martín, fui yo el primero de la casa que salió a recibirlos, y me pasé toda la vergüenza que quise y un poco más, sentía ponerse la cara al rojo, luego salieron mi madre y mi hermana que en tal día estarían muy atareadas.

No estaba en casa mi padre, salí a por él, vino enseguida, se abrazaron largamente; luego, lo primero que mi tío dijo a mi padre fué: "Pero hombre, que pequeña está esta familia ¿Es que no les das de comer?. Mira, esta mía que es del tiempo del chico tuyo, me levantaba la cabeza, claro, yo era bajito y mi hermana era una miniatura."

Entraron para la sala, hablaron del pueblo, de Pedrosillo, de cuando eran pequeños, del tío fulano, si era esto o lo de más allá, luego pasaron a la guerra actual en Cuba. El que más hablaba era mi tío y su espontánea voz era imperiosa.

Entretanto, mi madre había continuado preparando la comida y engalanando la casa. Pasado un rato entré en la habitación y anunció solemne: "Que ahan tocado a misa". Esto equivalía a una invitación para que fuéramos todos. Pero mi tío Andrés contestó: "Que misa, ni que carajo". "No me gustan a mí esos señores que visten por la cabeza," mi madre, no dijo más, salió y nos fuimos a misa, pero ellos se quedaron charlando, mi padre no se atrevió a dejarlos solos y se quedó con ellos.

Siempre he creído, y con esto no quibro ofender su memoria, que mi tío, cuidó poco o nada de educar cristianamente a su familia, y también creo que ello le acarreó más tarde, muchos sinsabores y disgustos; porque, no sirve darle vueltas; es difícil amar el peligro y no percer en él; máxime amándolo en sus cimientos y viviéndolo en su propia fuente.

No podría decir si mis tíos y prima pasaron en nuestra casa más de un día, lo que sí puedo asegurar es que vinieron después varias veces a Pedrosillo y Villaverde; Y, También se acercaron algún día a La Vellés. Fueron a Lisboa y recorrieron casi toda España y parte de Francia. Según contaba mi tío Manuel "el pollo"; estos eran el nombre y apodo del de Salamanca, que les acompañaba, habían gastado una millonada.

Estuvieron en España hasta que vino apretando el frío, luego, regresaron a Cuba; Y, entonces nos quedamos sin saber el porque de aquel viaje; sin embargo, algún tiempo después nos pusimos al corriente de todo, pero quede esto ahora en suspense; hasta que el momento oportuno encontremos el secreto.

C A P I T U L O I V

Voy ahora a principiar a decir algo del hijo mayor de mi tío Andrés. Es decir, de algunos hechos salientes por mí conocidos, de su caracter de su temperamento, etc.

Yo, desde pequeño se advertía en este moento en este muchacho un caracter inquieto, fuerte, revolucionario y

y valiente, sobre todo valiente. Y junto a la valentía no podía faltar la nobleza. Cuando tuvo edad para principiar a estudiar una carrera, sintió una gran afición por lo de las armas, y así se lo manifestó a su padre; pero este quería que eligiera otra cualquiera ennos la que el chico prefería. Decía el padre que el había tenido muchas horas vividas junto a las militares y que había podido comprobar en ellas que en su mayoría eran unos "perdis" por consiguiente el no le dejaría nunca seguir la carrera militar. "El hijo contestaba que no estudiaría ninguna cosa si no era para militar. Se encastillaron ambos y se mantuvieron irreductibles en tan opuesta posición y este fué la causa de que no hiciera ninguna carrera o académica, pues capacidad no le faltaba. Así pasó el tiempo, y ya tenía Diego diez y siete años cuando se declaró en la isla la insurrección que pronto había de traer la independencia de la misma. En la primera columna, que principió a prepararse en "anzanillo" u que enseguida saldría a operar contra los insurreptos, se presentó el voluntario para actuar de practico. De esta forma encontramos a nuestro hombre dando cauce a su afición, metido en el camino de sus ilusiones.

¿Había tenido razón su padre al priner el hijo seguir el camino que este creía más en consonancia con su vocación? O por el contrario tendría razón el hijo al no obedecer al padre, porque a este le parecía muy peligroso lo que

este se proponía hacer, y por exceso de cariño quería sacarlo de aquella pelérgrosa ilusión?. Dejemos sin responder a estas preguntas que solo Dios podría contestar y sigamos apuntando los hechos.

Poco tiempo después de ingresar en el práctico de la columna de operaciones salida de Manzanillo llenaba ya los galones de sargento efectivo, con mando y paga.

Un buen día que regresó con la columna a Manzanillo se cruzó con su padre en las afueras de la ciudad, este, le miró de arriba abajo, pero no le dijo nada. No se yo decir si aquella noche fué espontáneamente o porque le mandara a llamar su padre, pero lo cierto es que fué. Entonces lo condujo mi tío a una habitación donde pudieran hablar solor sin ser interrumpidos. Hizo todo lo posible para persuadirle de que no continuara en la columna hablaron y disertaron de que se disentieron mucho, pero el muchacho se negó rotundamente a satisfacer los deseos del padre. Este se enfureció y aquella noche le propinó una paliza fenomenal, trataba de conseguir por el temor de la fuerza lo que no había alcanzado con amor y reflexiones; más todo fué inútil.

Desde aquella fecha el chico no volvió a casa y continuó en la columna haciendo por progresar. Cuanto más tiempo pasaba más lo apreciaban y querían sus jefes. Antes del año, ya había sido ascendido a Teniente. Ye estaba encuadrado en el ejército, ya estaba en su medio ambiente apetécido y deseado; había ingresado de práctico pero era todo un oficial.

Un día en que salieron de operaciones, creo que en la provincia de Pinos del Río - yo no sé de Geografía - iba el general Martínez Campos y también el general Santocilloes hubo combate y la lucha fué muy dura. Parece que las cosas fueron muy mal para las tropas leales. Entre los nuestros se contaba el General Santocilloes, era ya por la tarde y el cacabilla Mano se les iba encima peligrosamente cón el grueso de sus fuerzas que en aquella ocasión sumaban unos seis mil hombres; mientras las fuerzas leales pasaban muy poco de los mil. En situación tan apurada Martínez Campos pidió voluntariamente para atravesar la línea de fuego enemiga a fin de llevar un parte a pidiendo refuerzos. El primer voluntario que se presentó fué nuestro teniente Martiñillo - que así le llamaban - Cuatré más siguieron su ejemplo.

Todo tenía que acerse con celeridad, así pues, tan pronto recibieron instrucciones se repartieron por el campo para no salir en grupo a fin de coger desprevenido y si era posible, engañar al enemigo. Le costaron las bridas a los caballos, y a carrera tendida, los corceles desbocados y dando gritos los jinetes de "Viva Macío" y "Viva Cuba libre", enarbolando la bandera de los insurrectos se lanzaron los cinco a cumplir su misión. Recibieron repetidas descargas de las enemigos, que, aunque tarde intuyeron la estratagema. - Uno de los emisarios murió en campo enemigo y dos mas resultaron heridos. El caballo que montaba Diego recibió un ba-

lezo en el cuello y cuando llegó a Bayamo llevaba la cabeza pegado a la pata pero la misión quedó cumplida.

Inmediatamente y con suma rapidez se reunieron mil hombres al mando del coronel Aldón que salió a toda marcha. Formaron en dos grupos y en puntos diferentes atacaron a Mambo por la espalda al anochecer. Viendo lo cual el jefe enemigo y desconociendo el número de los refuerzos, hizo un maniobra de repliegue ordenado y progresivamente se fué retirando; lo que permitió a las fuerzas de Martínez Campos unirse al socorro que se le envió y regresar a Bayamó.

Al ser mi tío conocedor de este hecho y otros semejantes, se alegró mucho y cambió de postura respecto a su primogénito; y ello a pesar de que en las fuerzas de Mamo operaban dos hermanos de mi tía Mercedes uno de los cuales se llamaba Tomás; creo que ambos militaban con bastante graduación y mucha bravura.

El teniente Martinillo, de día en día, adquiría más fama, cuando en los periódicos de la ésta se publicaron los nombres y fotografías de los cinco voluntarios, reclamó a Diego el coronel Lolo Benítez para su columna, que estaba formada por unos cien hombres escogidos todos por el referido Coronel; recibía el nombre de "Columna Volante" y recorría toda la isla con rapidez y fiereza; tan pronto se la veía en la provincia de La Habana, como aparecía en la de Santa Clara u operaba en la de Santiago; y en todas partes infundía terror a los insurrectos; Pero Diego no quiso aceptar la invitación aunque lo reclamó varias veces.

Así seguía este hombre la carrera de sus ilusiones juveniles; operaban casi diariamente.

Un buen día o mejor podríamos decir, una mal día para su carrera, puesto que la mandaba un comandante. Divisaron al enemigo a poca distancia, pero - se supone que por cobardía el comandante mandó variar la dirección. Viendo esto Diego, se presentó al comandante y le dijo "ahí a vuestra espalda se ve al enemigo, manos sobre él": Y como el comandante se negara rotundamente el teniente Martinillo se le plantó, diciendo que era un cobarde, y hasta que es probable que le amenazara más fuerte. Acudió a sus compañeros a los que después de arengar, terminó invitando a que le siguieran todos los que no quisieran dejar de ser valientes. Se dividieron en los animos, y con los que quisieron seguirle atacó al enemigo, poniendoele en fuga derrotado; además de hacerles algunos muertos, heridos y prisioneros encompañía de una bandera; con cuyos trofeos regresaban a la base de partida.

Antes que el había regresado el comandante inmediatamente dió cuenta de la desobediencia e insultos. Enseguida fué Diego desarmado y encerrado en un calabozo. Le formaron consejo de guerra, y, como consecuencia, fué condenado a pena de muerte.

Sin embargo ésta no se ejecutó por entonces, es de suponer que tal aplazamiento se debiera a la intervención a su favor de Martínez Campos, el general y otras que harían

valer la buena historia, y los repetidos actos de heroísmo que figuraban en el haber del sentenciado. También intervendría un tío que entonces tenía vara alta y que no vacilaría en derramar dinero si con ello podía ganar el indulto.

Así y todo la casa era muy gorda y por otra parte, es de suponer que el comandante también tendría amigos, y, que, atizaría al fuego en sentido contrario. En fin estaba - sentenciado a muerte por un consejo de guerra y mientras se ejecutaba la sentencia o se decretaban el indulto, fué llevado al castillo de Santiago donde había de permanecer muchos meses acaso más de un año.

En tanto mi tío, después de torear todos los pali-
llos, y hacer cuanto estaba a su alcance para conseguir el indulto; perdida toda esperanza de poderle salvar, para no pasar por el bochorno de verlo fusilar se vino a España con su hija Encarnación; siendo este el motivo de aquel viaje, a que en otro lugar dijimos que no le habíamos visto explicación.

Por aquellos días se agravaron las relaciones de España y Norte-América, con motivo del hundimiento del Maine barco de Estados Unidos junto a La Habana. Los Norteamericanos dijeron que este había sido deliberadamente hundido por los españoles sin respeto a las leyes internacionales, y los españoles afirmaban que fueron los mismos norteamericanos para tener disculpa para declarar la guerra a España; la que se inició a los pocos días. Inmediatamente principió a efectuar Estados Unidos el bloqueo de la Isla, a la vez que bom-

bardeaban los puertos y fortalezas. Seguidamente realizaron desembarcos de tropas, que, bien armadas se unían a los insurrectos y por tierra avanzaban sobre las plazas fuertes. Cuando dichas tropas o fuerzas se aproximaban a Santiago de Cuba, los españoles abrieron las cárceles y presidios a todos los españoles abrieron las cárceles y presidios a todos los que voluntariamente quisieron tomar parte en la defensa de la plaza. Uno de los primeros en acudir a la defensa pidiendo el sitio de mayor peligro fué nuestro Diego - en otro tiempo teniente Martinillo.

En la trinchera donde con otros se encontraba, estalló una granada y acto continuo avanzaban los atacantes para tomarla, enteblandose la lucha cuerpo a cuerpo. La trinchera quedó entonces por los españoles y los americanos hubieron de retirarse, pero advirtiéndole Diego que se llevaban una bandera, dijo con coraje, "hay que recuperarla seguirme y se lanzó en su seguimiento fuera de la trinchera. En aquel instante estalló otra granada en medio de ellos dejándolo medio enterrado de piedras echando sangre por la boca y con una pierna atravesado de un balazo. Lo echaron a la camilla y lo retiraron a duras penas entre una lluvia de balas y sin conocimiento. Cuando recuperó sus facultades se encontró en una sala del hospital de Santiago.

La guerra fué ya cosa de pocos días, en lucha tan desigual, poco tiempo podía resistir España. Tuvo, pues, que pedir la paz, y comenzó la repatriación de las tropas camino de España. Cuando llegó a Barcelona le preguntaron que de que provincia era, dijo ser cubano, pero que tenía unos parientes en Salamanca, donde le trasladarón.

Una vez en la ciudad de cohrra, se presentó en casa de un tío suyo llamado Manuel García.

Apojado en un bastón, melamente podía andar, cojeando mucho, y, su color era amarillo, todos creíamos que estaba tuberculoso, pero afortunadamente no era así; y pronto principió a recuperarse.

Nuestro tío Manuel con quien se quedó tenía un establecimiento de bebidas en el Alto del Rollo cerca de la estación de ferrocarril y por ello los ferroviarios de la frecuentaban mucho. Un día a poco de ligar Diego, estaban bebiendo un maquinista y un fogonero, cuando vieron a aquel medio desnudo, es decir, muy légero de ropa principiaron a hablar con él y les dijo que ser repatriado de Cuba de donde había hecho la guerra a favor de España, y que ahora estaba repóniendose en casa de su tío. El fogonero que se las daba de valentón, de buenas a primeras, dijo que en Cuba habían sido unos cobardes, que habían entregado la isla son defensa y no se cuantas barbaridades más, es posible que el vino tuviera parte de culpa.

Tomó Diego la palabra, asegurando lo contrario, y citando muchas cosas de gran valentía, tanto en jefes como en oficiales y soldados; y haciendo resaltar los muchos elementos de combate de que disponían el enemigo, pero el fogonero en vez de dejarse convencer, salía con bravatas y alabanzas suyas. Entonces Diego perdió la paciencia solía tener poca y le dijo. "Como Ud. dice que en Cuba hemos sido unos cobardes, ahora mismo vamos a probar lo que cada uno somos". Le trajo tres cuchillos y le dijo; tome uno y si quiere tomar otro al compañero, yo me quedo con este; ya ven que son los tres iguales. Vamos a probarnos, ustedes dos contra mí. Si quieren a primera sangre, y si quieren a muerte. Entonces el valentón comenzó a cantar la gallina, es decir, a desinflarse y venirse a buenas. Aún tenía Diego en la mano los cuchillos que los otros no habían querido coger para reñir y probar quien era más aliente, cuando llegó el tío que preguntó: - ¿¿Que es eso?. ¿Que pasa?- Se lo explicaré. Y el recomendó a todos que fueran prudentes en palabras y en obras.

Estábamos a primeros de Septiembre como se aproximaba la fiesta de San Cornelio mi padre le invitó para que le pasara con nosotros, al ir a Salamanca. El día que vino fui a recibirle a Gomecello. Como el no conocía nada de por aquí, y quería saberlo todo, en el camino me acosaba a preguntas. Al llegar a casa no estaba mi padre, que por ser la víspera de la fiesta y encontrarnos en época de poco traba-

jo se había marchado a pasar un rato en la taberna, jugando con los amigos.

Allá fuimos también nosotros; después de la presentación y los saludos de rigor, ocurrió que el tabernero-que era muy echado para adelante, principió a echartas los de la guerra, y a decir que el había sido Carlista de principio a fin. Y puesto a decir dijo: "Entonces si es que fuimos valientes, y no ahora que no ha hecho nada en Cuba....." Casi se repitió la escena habida con el fogonero. Con gran trabajo cortamos la discusión a duras penas, marchandonos a cenar. Mi padre y yo estábamos como sobrecogidos y asustados de haber traído a casa un hombre tan peligroso como valiente. Pero ¿que podíamos hacer?. Ya le pesaba bien a mi padre haberlo invitado.

Ahora bien, haciendo justicia y honor a la verdad hay que reconocer que no era suya la mayor parte de la culpa. Porque la realidad era que se metía con él. Y, esto era debido a dos causas.

1ª. La pérdida de la guerra de Cuba, de una manera tan rápida y fulminante el tomar parte los Estados Unidos, no fué comprendida por casi la totalidad de los españoles que no tomaron parte en ella; hasta pasados muchos años. Los españoles de aquella época: Unos, la mayoría, vivía totalmente engañada y equivocada respecto a las posibilidades reales de España, bélica, económica, política etc.,. Seguían soñando y creyendo de buena fe que España y su ejército tenían la fuerza que tuvo unos siglos antes, si bien un poco aminorada pero nada más, un poco aminorada.

La otra primera minoría que sabía la verdad a que atenerse respecto a las posibilidades de España en el 98 unos no se atrevían a decirlo, y otros ya no querían hacerlo, no les convenía. Así siguió engañado y adormecido, el pueblo español en sus pasadas glorias.

Por eso, al encontrarse con que cuatro días el ejército Norteamericano se apoderó de Cuba, Ingenua y sinceramente pensaron que o han sido unos cobardes, que no han querido luchar o unos sinvergüenzas que se han vendido al enemigo.

Y, tal como lo pensaban, lo decían sin rodeos.

La segunda causa a quien nos referíamos al decir que no era toda la culpa de Diego en las discusiones que tuvo con el "Fogonero" y el "Tabernero", era que como la gente le veía cojo, flaquito y aparentemente muy débil, fácilmente se metían con él pensando que era enemigo incapaz de defenderse. Poco sabían la calidad del mocito con quien tenían que verse. Pero como este era explosivo, como la pólvora, y se dispara en el acto, enseguida a lo contrario, se preparaba la camorra.

Aquí en Villaverde permaneció unos días pero como esto no era ambiente apropiado para el pronto se volvió a Salamanca.

En Salamanca, la casa de mi tío quedaba en aquella época en un barrio en tanto alejado de la capital propiamente dicha. Unos días después de estar en Villaverde, cierta

cierta tarde bajó para la ciudad; como no tenía amigos ni aun conocidos le dió por irse a una casa de "señoritas alegres", donde se le hizo de noche. Yo no se cual sería la causa, pero sí, que se enzanobraron en una discusión, tras de la cual comenzó a darles palos de tal manera que a algunas las dejó hechas una lástima. Según ellas la discusión y zambra fué porque el no quería abonar el gasto. Es de suponer que surgiría a discusión por un desarreglo en los precios. Requirieron la ayuda de una pareja de guardias. Pero entonces Diego se plantó y no les dejó entrar en casa de la que se estaba haciendo el amo; llamaron a otra pareja de guardias tampoco, consiguieron reducirle. Pasaron aviso a la Jefatura, y vino un oficial con varios números. Llamó este oficial a la puerta en formas finas y entonces abrió sin más resistencia. Diego dijo ser oficial de movilizados, en vista de los cual se cambiaron corteses saludos, y entraron en la casa solamente acompañado de un número. Tiene Ud. que venir conmigo, dijo el oficial. ¿Dónde Ud. quiera, contestó Diego, pero le pido a Ud. un favor. Usted dirá. Solo escribir unas líneas para un tío mío en casa del cual estoy hospedado.

Concedido le contestó.

Según escribía Diego el oficial miró la dirección de mi tío. Entonces le preguntó:

¿Pero Ud. es sobrino de D. Manuel García y "el Pollo" el aludido contestó afirmativamente. Entonces el ofi

cial se levantó del asiento, y reuniendo al guardia que le acompañaba con los que esperaban a la puerta les dijo: "Podéis retiraros aquí no hay nada que hacer. Luego, fué a acompañar a Diego hasta la casa de su tío; donde fué agasajado mientras se comentaba lo ocurrido, y a la par que alababan y llamaban a la orden paternamente y daban buenos consejos al protagonista del incidente que tan malamente pudo haber terminado aunque afortunadamente se había resuelto sin consecuencias para él.

En aquellos años era mi tío Teniente Alcalde de Salamanca hombre muy respetado, y hasta respetable en apariencia, pues se había dejado crecer la barba y entonces le llegaba hasta el pecho.

Así pues estaba preocupado con el sobrino cubano, ya que, no dejaba de alcanzarle que se trataba de un parente que le podía dar serios disgustos, y complicaciones,...

Por ello cuando unos días después le dijo que quería ir unos días a pasarse con sus amigos a Valladolid le dio dinero y lo vió marchar con cierto alivio. Sin embargo poco le duró el respiro. No se habían dado cuatro fechas cuando recibió carta de Diego en la que pedía dinero, y le rogaba que fuera a verle si era posible; pues había pegado a unos gitanos y estaba en la cárcel.

Por teléfono habló mi tío con el fiscal de Valladolid, de quien era muy amigo, pidiéndole que se enterase de

quien era muy amigo, pidiéndole que se enterase de como estaban las cosas, y si era posible le echare una mano. Una vez enterado le comunicó por carta que efectivamente había pegado a unos gitanos en un café; pero que trataría de sacarlo de la cárcel lo antes posible. A los pocos días estaba en libertad.

Sucedió la reyerta, con los gitanos, de la manera siguiente. En cierto café de Valladolid y en una mesa junto a la suya, unos gitanos de buen porte hablaban y habían comentarios sobre la guerra de Cuba. Decía uno que no había sido guerra sino una reyerta, una venta; opinaba que habían entregado la isla sin lucha, es decir que se habían perdido por cobardes. Diego no pudo seguir escuchando sin tomar parte en la conversación. Todos eran de genio vivo y al momentonaron los insultos de unos y otros; pero no paró ahí la cosa, porque de los insultos pasaron a los golpes. De suponer es que fuera para el el primerà pegara. Por pronto que el público quisiera intervenir para separarlos. Diego con una copa en la mano, y sin soltarla dió a un gitano echándole una ceja abajo y ocasionándole la pérdida de un ojo.

Pronto volvió a Salamanca pero el poco tiempo riñó con su tía y en consecuencia no volvió a aparecer en casa del tío Manuel.

entonces no le quedó más remedio que venirse a Villaverde quedándose en nuestra casa. Aquí mi madre no trataba como el quisiera, mi padre y yo le dabamos dinero, y ello

sin que ella se enterara, para evitarle disgustos. También iba a Pedrosillo y pasaba algunos días en casa de mi tía Teresa, regresando luego a Villaverde.

Varios meses estuvo en tan molesta situación, pero, ¿que remedio le quedaba?. No podía hacer valer su grado de teniente, pues había perdido las estrellas y había sido -sentenciado a muerte por consejo de guerra. Si hablaba de esto estaba perdido, ¿Que camino podía tomar este hombre?. Sin embargo todo lo superaba aquel ánimo de acero. Se comunicaba por carta con varios amigos, a los que comunicaba la precaria situación en que se encontraba; que de verdad era penosa, pues muchos días no tenía ni un céntimo en el bolsillo; se le iba rompiendo el traje y el calzado, y no había otros para sustituirlos.

Mi padre ya se iba cansando de darle dinero, que tanto trabajo costaba ganar. Mi madre a pesar de no saber nada del dinero que le dábamos estaba intranquila, por tenerle en casa. con frecuencia nos decía "Este sobrino nos va a pervertir al muchacho, - lo de muchacho lo decíapor mí - nos va a traer la perdición de la casa. Entre unas y otras cosas mi padre y yo también sufríamos mucho. Pero Diego no supo nunca lo que mi madre pensaba y decía de él.

Se había pasado mucho tiempo cuando le dijo a mi padre. "Me marcho para Madrid, pronto verán que los perió-

dicos hablan de mí".

¿Que nos vas a hacer? Le preguntó mi padre.

Aún no lo sé, pero quizás sea alguna cosa gorda;

Le contestó.

Mi padre le dió dinero, no mucho por eso, y al día siguiente salía camino de Madrid, él dijo después en alguna ocasión, que había llegado a Madrid con veinte pesetas.

Días después nos preguntábamos mi padre y yo. ¿Que hará aquel hombre en Madrid?. Y todos los días mirábamos el periódico con avidéz; pero no encontrábamos nada de es. Tan solo una vez pocas fechas después de haberse marchado leímos lo siguiente. "Un señor entró en un restauran y pidió le sirvieran comida, y cuando el camarero le presentó la factara, contestó. "Vaya usted a que le pague Máximo Gómez". Este Máximo Gómez era el Generalísimo insurrecto en Cuba. Pero el periódico no daba nombre ni otra declaración ninguna. Nosotros pensábamos. ¿Tendrá que ver este algo con nuestro hombre?.

Suponíamos nosotros que sería el general Martínez de Campos y otros hijos del general que eran de su edad aproximadamente, y con quienes le unía mucha amistad a el general.

No sé si sería en esta ocasión cuando le escribió aquella célebre carta el Conde de Romanones, siendo este - Presidente del Consejo de Ministros, y en la que entre otras cosas le decía "Acuerdate de este señor Conde que todavía no

tiene una pata sana". - Es de advertir que el Conde era cojo de la pierna derecha.

En Madrid se pasó aquella vez más de dos meses. Debió desplegar mucha actividad y adquirir mucha influencia, (al menos económica). Cuando vino estaba hecho un caballero y vestía como un marqués.

Aunque no pudieron reconocerle en el ejército de el grado de teniente, le señalaron un paga como movilizado. Se conoce que en el expediente que abrieron convenía tapar todo aquello que le perjudicara, como era aquello del desacato insulto, amenaza; y en consecuencia, el consejo de guerra, etc, etc. Y lo taparían. Sin embargo, presentarían lo de ser voluntario y cuantos hazañas pudieran acreditarse fueron realizadas por el.

Aquí en Villaverde solo pasó unos días fué para Salamanca donde estuvo unas semanas, luego marchó definitivamente a Madrid. En la corte inició relaciones con la que después llegaría a ser su esposa; hija de un señor viudo, sargento de alabarderos de la reina, de nombre, Alfonso Aliste.

La hija se llamaba María, pero al enterarse el padre de aquellas relaciones, se puso rotundamente hasta el punto de llevarla a un convento. Más viendo que con tal procedimiento no podía adelantar nada, recurrió a la fuerza. Observó primero, para saber a que sitio acostumbraba ir a verla;

luego, un día lo esperó tras de una puerta, y en el oportuno momento de estar Diego a su alcance, se abalanzó sobre él; el cual al recibir los golpes por sorpresa se volvió automáticamente, y se enlazaron un tanto hasta caer ambos al suelo. Diego que cayó encima se desasíó de la mejor manera que pudo y se marchó. Es de advertir que D. Alfonso él, fuera valiente, nervioso y decidido pero claro, no podía tener ya la agilidad que daba a Diego su juventud. Una hermana de la novia que presenció aquella berrascosa escena, se asustó tanto que contrajo una enfermedad incurable. Sin embargo las relaciones entre los dos jóvenes continuaron, y el padre no tuvo más remedio que ceder. Poco tiempo después en él se celebraba el enlace matrimonial antes del cual hubo de realizar mi padre un viaje a Madrid cara vencer algunas dificultades.

Toda vez que la boda se había realizado contra la voluntad del padre y la vida de Madrid resultaba muy cara, el nuevo matrimonio vino a residir a Villaverde. Pero como el traslado fué rápido e improvisado aquí se encontraron con que no tenía nada de nada; así por ejemplo, un sombrero tenía que hacer de fuyes y cosas por el estilo. A los vecinos les daba compasión de ella y le favorecían con lo más indispensable. Pasado algún tiempo, principio, y pero así todo la mujer tuvo que pasar una buena cuarentena de privaciones.

Pasado algún tiempo, principió él a viajar se marchaba unos días, no sabíamos donde; cuando regresaba traía -

unas veces relojes; otras una mula e un carro. Todos cuyos objetos los vendía al precio que podía. De todas maneras, como los medios de vida eran pocos u el gastaba mucho relativamente; se metía en cuantos negocios podía y también iba mucho a jugar a la Vellés; pero parece que no tenía buenas aptitudes para comerciante; le ocurría algo así como si fuera "manirroto", y en general, más perdía que ganaba, en los negocios; por esa falta de espíritu comercial que indicamos. Una vez, para ir a Madrid vendió la máquina de coser y la cedió casi regalada.

A temporadas pasaban escasez de todo y especialmente su mujer era digna de lástima. Pues para una señorita que había estado siempre en Madrid, rodeada de la familia, el solo hecho venirse a uno de estos pueblos de repente, es ya una especie de castigo. Pero sé además falta a veces de todo el castigo. Pero si además falta a veces de todo el castigo entonces resulta mucho más duro. Cuando Diego estaba fuera casi todos los días comía María en nuestra casa y cenaba; dejándola sola el menos tiempo posible que quedándose sola se pasaba horas y horas llorando. Y eso que era valiente, mujer de mucha entereza, muy inteligente; de mucha seriedad y con un nivel de cultura muy elevado.

Otra mujer que no hubiera sido ella, con toda su capacidad y competencia, había sido incapaz de vivir bien avenida con el marido que tomó. Y sin embargo tuvo el gran mérito de lograr refrenarlo e incluso muchas veces hasta de domi-

narle u conducirle por donde a ella le parecia más conveniente. Era y es, que gracias a Dios vive aun-una mujer de un ta lento natural y privilegiado.

Mientras esto ocurrías allá en Madrid, Don Alfonso trataba de jubilarse; lo que se comunicaba tiempo atrás que se comunicaba por cartas padre e hija. Contribuyó en gran parte a que se suavizaron los de la alta pronto a las esperanzas la prematura muerte de la otra hija unica de María; viviendo a quedar sola esta de hija única.

Por fin se jubiló Don Alfonso y convinieron entre unos y otros, que se viniera a vivir a Villaverde, como hizo al poco tiempo.

Diego continuaba traficando. Ahora se había hecho vendedór de vino para lo cual arrendó un local en el que depositaba muchas pipas que le enviaban. Era en el verano época en que se consumía mucho esta bebida; y elvendía mucho po que el suyo era el mejor vino y el más barato.

Cierto Capitan amigo suyo, que, con el propósito de hacer economías se había venido a vivir con el le ayudaba en este negocio de la vinotería.

Más adelante, Vitorio, -este era el nombre del capitán que luego se supo era descendiente de gitanos y como ello resultó ser muy lioso-comenzó a hacer amistad con D. Alfonso. Y con los días fué aumentando esta amistad y decayendo la que

la que le unía con Diego. Hasta el punto de que hablandole el padre político mal del hijo y contandole al uno perre-rías del otro logró llevar a entrambos la enemistad. Llegando este momento se marchó a vivir con D. Alfonso en - distinta casa que los hijos.

Así las cosas, Vitorio siguió contra Diego, hablando muchas tonterías entre otros; que la gente de aquí le tenía miedo pero que Diego era un cobarde, y que el se atrevía con tres y el suegro le decía; que le trataba mal a la hija, que le pegaba mucho, que tenía otra hija suya otra mujer y otras cosas por el estilo.

Pro llegó un mal día en que todas las cosas llegaron a conocimiento de Diego a través de personas que le merecían crédito. Como el había sido protector de su - amigo y se viviera ahora ofendido de tal manera la buscó para que le diera una explicación de su manera de comportarse con el. Con tal motivo se dirigió a casa de su - suegro, encontrandose a este cuando con Vitorio en el portal al fresco-hemos dicho que era en el verano por ello estaban al fresco-. Al llegar invitó a Vitorio a que saliera para hablar con el. Pero en vez de salir Vitorio sa lió D. Alfonso; lo que prueba que este estaba mal informado y aconsejado y que el Vitorio era un cobarde.

Su suegro, estalló en insultos, hasta entonces mal contenidos y entre otras cosas le llamaba: "Mal hijo y bandido", a la vez que se le acercaba con el revolver en la mano y le decía colérico, preparate a pelear conmigo año

ahora mismo.

Al ruido de las voces salieron a la calle algunos vecinos que lo presenciaron todo; otros menos decididos se asomaron por las ventanas. Es lo cierto que Diego rehuía enfrentarse con su suegro, a quien le decía: Pero padre, si con Ud. no va nada; es con ese sinvergüenza que tiene en su casa; que es el causante de todo. Pero Don Alfonso sin hacer caso avanzaba hacia el y casi a bocajarro le hizo dos disparos que milagrosamente no hicieron blanco, yendo a chocar las tres balas con la pared de enfrente. Y como le le encasquilló la tercera, sacó cuchillo y siguió acometiéndole. Diego seguía rehuyendo los golpes pero sin hacer más defensa. En tanto Vitorio, dió la vuelta por la puerta trasera y vino también a tomar parte en la pelea contra Diego, que al verse entre los dos, ya tuvo que meter más el brazo y extremar precauciones. Así y todo iba defendiéndose, pero reculando por quien más se le aproximaba era su suegro y con este no quería el pelea. A una cuchillada que le tiró Vitorio un poco alta, tuvo que poner el brazo recibiendo en el una herida tremenda. Seguía reculando cuando tropezó en más piedras y cayó al suelo, siendo entonces cuando estuvo en mayor peligro. Afortunadamente, pudo levantarse rápidamente y escapar; su suegro le persiguió hasta la plaza. Se había desarrollado la pelea desde el medio de la calle de Arriba hacia abajo y Diego vivía en una casa cerca de la Iglesia desde donde hoy habita Jose Esteban.

Como quiera que todos resultaron heridos, había que proceder a curarlos. Juez y médico se personaron en casa de Don Alfonso que tenía una herida en un hombro y otra en un costado y la tercera en el estómago. Las dos primeras leves, y la última era la que ofrecía más cuidado. En todos hubo que coser. Vitorio estaba herido a una mano pero era el que menos tenía.

Luego fueron a la casa de Diego que tenía una herida en un costado otra junto a la cadera; y la del brazo era la mayor de ocho o diez centímetros en forma de cortadura; y también al caerse se había cortado en todos los dedos de la mano derecha. Ninguno se quejó cuando el médico los curaba. Al terminar la cura de Diego, me llamó aparte María para preguntarme por su padre. Quedó relativamente clamada cuando le aseguré que tenía tres heridas todas leves y que sería cosa de pocos días. Ya en la madrugada fuimos a acostarnos.

Al enterarse de lo ocurrido, el Sargento de la Guardia Civil de Peñoso fué a Salamanca y habló con el Comandante. Parece ser que le puso la cosa grave y cargó la culpa a Diego; como consecuencia del cual recibió orden de llevarlo conducido a Salamanca. Al anochecer se presentó en Villaverde y enseñó la orden al Juez que con dos guardias y testigos fué a casa de Diego a quien leyó la referida orden de arresto.

Pero este se negó rotundamente a moverse sin un certificado del Sr. Médico. Mientras el Sargento pretendía llevarle a toda costa, alegando, que él tenía que cumplir la orden recibida. Decía las palabras imperiosamente a la vez que agarraba al herido por un brazo. Tuvo la ocurrencia de agarrar del brazo precisamente por donde estaba herido, lo que debió producirle muy fuerte dolor, arrancandole un agudo ¡ay!, y poniendose furioso preincipió a llamar al sargento criminal, bandido, asesino, a la vez que trataba de incorporarse.

Ofendido el Sargento ordenó al guardia que le acompañaba: "Apuntele" y en el acto, el guardia apuntaba desde el medio de la sala. Ante el inesperado hecho y sesgo que tomaban las cosas, el juez y los testigos atemorizados, salieron; pero Diego seguía insultandole y vociferandole; "tirad cobardes, asesinadme en la cama, dadme a mí el fusil y vereis si tiro yo hijos de.....Entonces salió de la habitación el Sargento, habló con el juez y fueron a por el médico para que certificara. Vino el Sr. Médico, le reconoció y vió que en la herida del brazo se le habían saltado algunos puntos.

Era ya viejito, le leyeron la orden; vaciló unos momentos, luego dijo que; en un carro y buenas precaucionespodría ir, y que a la mañana haría el certificado.

El Sargento se mordió los labios y puso mal gesto pues veía frustrados sus criminales propósitos. Parece que el proyecto era no dejarle por el camino aquella noche simulando un intento de fuga. Al día siguiente se preparó un

carro que condujo a su dueño acompañado de otro individuo de absoluta confianza; y con todas las precauciones debidas f^ué conducido a Salamanca cumpliendo las ordenes los guardias recibidas. A los dos meses el Sargento Fabián se llamaba, se trasladaba a las islas Canarias.

Pasados los primeros días principi^ó a mediar María entre su padre y su marido y a las pocas semanas fueron haciéndose las paces, y descubriéndose los chismes y embustes de Vitorio, reconociendo el padre que este había sido el único culpable por lo que tuvo que salir de Villaverde a una de caballo. Acto seguido se fué a vivir el suegro con el yerno y la hija, y mientras vivió ya no se volvieron a separar más, ni volvió a haber nunca entre ellos la más pequeña discordia.

Desde entonces todo marchó mejor, se juntaron los dos sueldos, se evitaron los muchos gastos que se originan tener dos casas abiertas; y además cuando Diego iba fuera quedaban juntos padre e hija y estaban divinamente.

El negocio del vino que tenía montado Diego se vino abajo, pues con motivo de la rifa se presentó el dueño y recogió las mercancía, largándose. Había un débito del que Diego no encontró fiador y como el era insolvente, el dueño hubo de darlo por perdido.

Continuó Diego haciendo sus viajes y correrías. Tan pronto estaba en Madrid como en Santander, Barcelona u otras capitales. Pronto se vió que manejaba mucho dinero

se decía que había estado en Montecarlo, no sé que cosas ha bían pasado entre un francés, un alemán y el. En fin que te nía negocio en Barcelona, Sevilla, Santander y no se que si tios más. Eran muchas las cosas que se decían, pero yo no - puedo asegurar nada, ni si serían ciertas o no. En seguida levantó la casa de Villaverde, yéndose a Vivir a Salamanca.

En aquella fecha me prestó a mi diez y siete mil pesetas, para pagar unas tierras que acababa de comprar en seguida de casarme. Luego pronto principió a dedicarse a la política. Fundó en Salamanca un periódico que se llamó La-Voz de Castilla. Compró para la imprenta toda clase de maqui naria nueva. Y en fin, parecía que el mundo se le iba a que dar pequeño para el.

Siguió trabajando, no tenía noche ni día de so siego, tan pronto estaba en Santander como aparecía al día siguiente en Barcelona y al otro marchaba a Sevilla. Pues en todas esas capitales tenía montado el negocio y con fre cuencia hacía falta en presencia de ellos.

Por aquel entonces, surgió lo de Santander donde hubo dos muertos en el Sardinero a causa del negocio. Como aquello le salió bien no se interrumpió el negocio. Digo - bien, pero en realidad no tan bien porque fueran dos muer tos al hoyo. Dije bien porque no fué nadie a la cárcel.

Cuando principió a figurar en política, se ha bía ya transformado en un verdadero capitalista; pues ha-

había ya transformado una hermosa casa en la plaza mayor de Salamanca, otra en la calle de Toro, el barrio de los Labradores, (donde inicialmente hizo siete casas), una huerta en Lurguén, de no sé que hectáreas, una casa en Melilla, la dehesa de Canadilla, tomó en arriendo la de Villiquera, y además en los negocios de banca tenía en dinero empleada una cantidad fabulosa.

Las primeras elecciones para Diputado a Cortes en que tomó parte, le costaron sesenta mil heros, cifra muy respetable para aquellos tiempos. Así continuó varios años, y esto sería por el año 1.917. En la política hizo una gran labor en favor de la Provincia además de ser muy honrado el fué quien consiguió que se construyeran los nuevos cuarteles en Salamanca.

Era el General Tobar, Ministro de la Guerra, estaba ya todo preparado para hacerlos en Alcalá de Henares, incluso acordado un Consejo de Ministros, por consiguiente era difícilísimo revocar la decisión. En estas circunstancias se presentó Diego con la petición de que se hicieran en Salamanca agregando de que aquíno existían cuarteles propiamente tales siendo incomparablemente necesarios más por su cualidad de plaza fronteriza.

Con Tobar le unía una gran amistad, sin embargo, este le dijo inicialmente que no podría ser; que lo sentía mucho pero que a tales alturas cuando todo estaba ya tan -

avanzado era imposible retroceder y cambiarlos. Diego arremetía de nuevo diciendo que no podía conformarse que no volvería a Salamanca hasta que no recibiera promesa formal satisfactoria, que renunciaría al acta de diputado, que se rompería para siempre la amistad entre los dos, a pesar de estimar la suya como ninguna, etc, etc. Debió resultar la entrevista sumamente acalorada, y el Señor Ministro debió pasar un mal rato. Finalmente le dijo: Mira Diego, no te puedo dar palabra firme de que se puedan cumplir tus aspiraciones pero voy a poner todos los medios a mi alcance, para poder complacerte. Cuando regresó a Salamanca después de entretenerse cuatro días en Madrid ya tenía en casa un telegrama del Sr. Ministro que decía: "Diego ha sido Ud. complacido. Este fué uno de los tiempos de más altura de nuestro nombre.

Para construcción de nuevas carreteras, y reparación de otras deterioradas fué mucho el dinero que trajo a Salamanca. Mientras él fué Diputado casi se acabaron los pleitos en su distrito. Era corriente que llamara a su casa a los contendientes y casi siempre obtenía de ellos que firmaran el arreglo antes de salir; acto seguido los convidaba, luego los despedía dándoles consejo de padre prudente.

En algunas ocasiones, como en el pleito de los de Orbada con los de Espino a causa del monte llamó a su casa a todos los internados cuando tuvo a todos reunidos les -

interesados; cuando tuvo a todos reunidos les habló largamente del interés que le movía a favor de todos de la conveniencia de ceder todos un tanto que cada uno creía ser su derecho de las ventajas que tenía el vivir en paz y amigablemente; de la grandeza de perdonar agravios reales o imaginados; de la necesidad de entenderse por sí mismos como hermanos en lugar de pagar a los abogados que muchas veces lían mas trabajando de hacer su agosto, etc, etc. Por fin tras muchos trabajo y bregar con los más reacios y gracias a la autoridad que sobre todos tenía consiguió avenirlos. Pero temiendo se malograra el fruto que tanto le había costado alcanzar; llamó a los abogados de ambas partes, y, cuando estos llegaron se dirigió a ellos diciendoles. Señores el pleito está zanjado, puesto que las partes han llegado a un acuerdo, ahora una vez que ustedes han terminado su misión digan ustedes sus honorarios.

Los abogados se quedaron pálidos arrugaron el entrecejo, veían que aquel hombre les había secado una fuente de buenos ingresos. Pero no había remedio era un hecho consumado, y había que rendirse a la evidencia. Todavía hicieron un último esfuerzo de resistencia disfrazada, diciendo que tenían que hacer una recuenta repasando los trabajos - rrealizados, y que de momento no podían hacerla. Claro que lo que pretendían era que pasara aquella ocasión; y luego -

ellos se encargarían de malograr el arreglo. Pero Diego adviniéndoles las intenciones les dijo con voz de mal humor. - "Entren ustedes en esa habitación y hagan las cuantas y todas las minutos que quieran; pero tenga-n bien entendido - que de esta casa no sale nadie hasta dejar todo firmado y - que los partes han convenido."

Entonces no les quedó otro remedio que entrar en la habitación y confeccionar la referida minuta. Al poco rato salieron de la habitación los que importaban sus honorarios. Al oír los interesados las cantidades hubo protestas y comentarios; y alguno de mal gusto pues alguien dijo: Si continuamos el pleito los abogados nos comen el monte; otro menos prudente, dijo que eso era robar impunemente. Diego les hizo a los abogados una invitación para que rebajaran un poco sus honorarios, pero como dijeron que no podían, se pasó a escribir el convenio que firmaron.

Cuando salían de la casa arreglados eran las cuatro de la (tarde) de la madrugada. Pero antes cuando se estaba firmando uno de los abogados se acercó a Diego y le dijo al oído, D. Diego; Que buen negocio nos ha estropeado usted. Ninguno de los abogados se lo perdonaron nunca.

Si se fueran a contar los pleitos y discordias - que evitó o arregló, sería cosa de no acabar. Incluso en algunas ocasiones le costaba gastar dinero de su bolsillo y pasar no pocos disgustos.

La política mermó mucho su capital; mientras otros se enriquecían él salía mal parado.

Por entonces, cuando en la vida política de Salamanca se produjo un hecho raro. La envidia y la ira, que ciegan, fueron las causas. Los extremos derechas, y los extremos izquierdas, habían quedado anulados casi en la política pacificadora personal y honrada de este hombre. Sobre todo perdieron las primeras.

Por esto y acaso también por espíritu de conservación se unieron estos extremos derechas, con socialistas y comunistas, con objeto de poder derribar la política pacífica y bonanza de aquella época disfrutaba la capital de la provincia de Salamanca.

De tales uniones, salió aquella célebre frase que publicaba La Voz de Castilla, y que decía en un tono de buen humor:

¿Como se ven a arreglar

Dios y el diablo con un catal?

Es decir que esta coplilla era a propósito de ridiculizar el hecho de que esta coplilla de que en las elecciones de aquellas hechasran unidos de esta soldadura extremos derechas y comunistas. (El protagonista de esta soldadura - fué D. José García Revillo. El mismo que según vimos en otra ocasión-le dijo al oído "Don Diego que buen negocio nos ha estropeado Ud.

Algún tiempo después fué cuando se dió el caso de Pepe Nuñez de triste recórdación. Pepe Nuñez era hijo de D. Francisco, propietario de la imprenta de El Adelanto. El Pepe varias veces había querido atentar contra la vida de Diego, pero no se le había presentado la ocasión propicia, hasta que cierto día en que se celebraba la sesión de la Junta Directiva del Casino de Salamanca, se esperaba que esta fuera muy movida y borrascosa. Se trataba de discutir sobre el sueldo del portero y las opiniones de los señores de la junta estaban muy divididos. Diego también pertenecía a dicha junta, y efectivamente la discusión fué tan acalorada que sonaron insultos amenazas y tal vez llegaron a iniciarse sol golpes. En tales circunstancias agarraron a y sujetaron a los más opuestos y molestos que al parecer eran Prieto Carrasco (Médico) y Diego. Este fué el momento que aprovechó Pepe Nuñez que ocultandose en el barrillo metió el brazo entre los que sujetaban a Diego y disparó sobre él. Al sentirse herido Diego movió la cabeza al tiempo que recibía el segundo balazo, cuyo proyectil le entro por la cara, atravesandole la lengua y arrancandole dos muelas; la otra bala le entró por la espalda y le quedó incrustada en el pecho. Aprovechando los momentos de comprensión y confusión que produjeron los disparos, el agresor escapó y se dijo luego que todo ello había sido ya bien estudiado por sus enemigos.

Ahora bien a pesar de toda la preparación que hubieran podido hacer; el resultado fué desfavorable para sus

enemigos, ya que lo que ellos se proponían era aniquilarlo, pero se conoce que aun no había cumplido y después de pasar mucho tiempo y sufrir mucho salvó. La bala del pecho la llevó durante mucho tiempo porque unos médicos opinaban que debía sacarse por adelante, mientras que otros decían que debía sacarse por la espalda. Por fin fué a Madrid y allí se la quitaron como resultado satisfactorio. Luego tuvo que ir al lugar del juicio Orol,. El defensor de Nuñez era de Madrid y se apedillaba Donal, y el de Diego era de Sevilla: - Serrano Carmona.

La defensa que tenía que hacer Donal era muy difícil, pero así y todo venció muchas dificultades, sacando a relucir contra Diego muchas cosas feas, especialmente sobre la violencia que empleaba con las personas y sobre el juego, y aun algunas cosas quiso, sacar, de Cuba, pero en este último estaba desorientado.

Pero luego Carmona le rebatió punto por punto haciendo resaltar varias de las hazañas que realizara en la Guerra de Cuba, como cuando estuvo en la Leamas del o cuando merdió la vida el general Vara de Rey, que fué cuando le concedieron al la Cruz de Caballero Cubierto, y otras cosas más que dejaron todos los argumentos de Donal hechos añigos. En consecuencia la Sala condenó a Pepe Nuñez a seis años de carcel; pero luego cogieron varios indultos y pronto estuvo en libertad.

Pero la primera vez que después se encontraron que fué en la estación del ferrocarril, se acercó Diego el y sin hablar ni abordar principio a darle leña con el bastón, y no dejó hasta que se le rompió; y cuando estuvo roto el bastón, siguió propinándole puñetazos y si no se lo quitan puede que hubiera acabado con él.

La siguiente vez que lo encontró fué en la calle, repitió la paslize como la primera; y en adelante, siempre que lo encontraba se renovaba la escena.

Don Francisco Nuñez que era ya viejito, padecía - mucho con tales cosas; hasta que un día terminó a presentarse en casa de Diego acompañado de otro hijo llamado Mariano. Una vez que en su presencia le dijo el padre, "Pero, Don Diego hasta cuando quiere Ud. que dure mi martirio?. Estoy padeciendo mucho. Yo sé muy bien que usted tiene motivos para hacer eso y mucho más. Pero por compasión hacia mi; le ruego - que no haga eso más veces. Entonces Diego le contestó. Le doy mi palabra de que en atención a Ud. no volverá a tocarle. Se estrecharon las manos con fuerza y los dos se despidieron - emocionados y llorando. Así terminó aquel drama tan odioso.

Después de estas cosas no tardó mucho tiempo en llegar la sublevación del Genral Primo de Rivera, el 13 de Septiembre de 1923. Tan pronto como Diego lo supo se apresuró a enviarle un telegrama que decía aproximadamente. "Se que se ha sublevado Ud, dígame si le hago falta, para ir a su lado inmediatamente, sepa que estoy dispuesto a jugarle la cabeza.

Don Miguel le contestó, "Muchas gracias, ahora no hace usted falta.

Con la llegada de la Dictadura de D. Miguel Primo de Rivera terminaron sus negocios, como el los llamaba.

No tuvo más remedio que cerrarlo definitivamente. En tonces se encerró en Cañadilla y comenzó a hacer obras de mejoramiento en las que gastó mucho dinero. Como además el era muy caro y los ingresos muy menguados, no tardó en resentirse en la cuestión económica. Por lo que tuvo sus diferencias con Primo de Rivera porque esto no transigió nunca con los proyectos que Diego tenía y las reiteradas peticiones que le hizo para que le permitiera poder volver al negocio; y como nunca lo autorizaron a ello, en algunas ocasiones llegó hasta a hablar mal de la Dictadura. A pesar de que D. Miguel era muy bueno u se interesaba por contentar a Diego. Yo mismo leí algunas cartas en que pude comprobarlo.

El, Diego, traía de Madrid además lo que le hacía falta y las obras continuaron, además de seguir viviendo en abundancia. Cuanto a Salamanca se refería en materia de política, era un coto cerrado donde no entraba nadie más que quien es el quería, y tanto en la capital, como en la provincia, ponía y quitaba autoridades a su antojo.

Cometodo pasa en este mundo, llegó por fin un día en que cayó la Dictadura; y pronto vino la Republica en todas sus consecuencias. Antes se acabaron los negocios pero quedo algo que los substituyól. Más adelante, y ahora, aquella -

corriente se secó en el mismo manantial.

La situación iba presentandose negra y fea la tormenta estaba encima; el seguía recluido en Cañadilla, las obras se habían parado en seco. Es verdad que le quedaba entre otras la amistad del General Pujdangola y la de Queipo de Llano; que fueron de los que más hicieron para traer la republica, que a el le debían los dos de la cual más favores pero esto no era lo bastante necesitaba mucho más. Si el pudiera o hubiera sido capaz de cambiar de frente, pero, esto no era lo bastante necesitaba mucho más. Si el hubiera sido ya que era un hombre que consentía romperse primero que doblarse.

Pronto llegó el momento en que no podían cambiarse los papeles, ni cubrirse los gastos de las casas de Salamanca y Cañadilla. Tuvo que principiarse a hipotecar ya había hundido la casa de la Plaza Mayor y la mayor parte de las fincas.

El discurso se acentuaba de día en día la cosa iba de mal en peor, el que lo había sido todo, ya no era más que un hombre aislado y sin esperanzas de mejoramiento. Apenas alguien visitaba Cañadilla. Ni los amigos, salvo escasas excepciones heían caso de el. Otros lo trataban de igual a igual y los más se adaptaban a las circunstancias apartandose.

Conservó eso sí, aquel valor personal que siempre le caracterizó. Por eso cuando las cosas se iban poniendo peor, y parecía que el desorden y la violencias de las masas yendo en aumento amenazaban destruirlo todo; él estaba dispuesto a defenderse personalmente e contra todo cuanto. A tal efecto, cuando salía de casa, siempre se acompañaba de dos pistolas cargadas; y en casa tenía en abundancia armas de todas las clases.

Ahora bien, lo que más le agobiaba era la falta de medios económicos en que se encontraba. Un día en que un poco más o menos me decía: Necesito trescientas pesetas; si las tienes, mandamélas mañana. Necesito pagar unos jornales y no tengo en casa ni cinco duros; ni de donde me vengán.

Conteste de palabra al criado: Di a tu amo que mañana sin falta iré yo. Efectivamente, al día siguiente fué a llevarle lo que pedía. Hablamos mucho, me estuvo contando y contando muchas cosas.

Después comentamos la situación interna de España y hablamos sobre lo que podría llegar a ocurrir. Me debía a mí una cantidad de dinero y me dijo: "Mira según se van desenvolviendo las cosas no sería nada extraño que hubiera que perderlas -. Se debía esto a que le había yo escriturado unas tierras de (diez huebras en total) sin pegarmelas. Yo, le contesté con serenidad y sangre fría; hombre por eso no te apures pues el camino que llevan las cosas, me parece que vamos a quedar todos igual, porque todo se va a ir a pique.

No quiero éjar de hacer presente que referida deuda, me fué abandonada años después por la viuda u los sobrinos a pesar de no haber encontrado ningun justificante; ni tan siquiera una simple nota.

Se habia transcurrido un poco de tiempo desde aquel día en que hablamos; tantas cosas, cuando principiaron a iniciarse para Cañadilla de algunos señores que pasaban largos ratos a solas hablando con Diego. Las visitas fueron menudeando según iba pasando el tiempo. Un día domingo por la tarde, y entrado el cerano me fuí a pasarle con el en Cañadilla. Al llegar le vi la cara a egre enseguida me dijo ¡Estoy respirando más satisfecho. La hora de la revolución se aproxima!. ¿ Con que gente podremos contar por aque?.

Con nadie, le dije.

Eso mismo me parecía a mi. Contestó el.

Aquel día, tambien me contoó muchas cosas que yo no sabía.

Estando una tarde del mes de Agosto en la estación de Fomecello, un muchacho mío supo que se había sublevado el General Sanjurjo en Sevilla y que se dirigía a Madrid según algunos comentaristas. En seguida mandé llamar a Cañadilla con la noticia.

Se había adelantado y Diego no lo sabía. Le dije a mi chico, "Monta en la yegua y vete volando a La Vellas. Le dices a Veterinario que venga en el coche inmediatamente; pero no le digas lo que has oido en Fomecello.

Como lo estaba esperando, mientras llegó, montó en el coche y se fué a Salamanca. Se bajó a la puerta del cuartel, y entrevistó con el Teniente Coronel de Caballería que era adicto al movimiento y muy amigo de Diego.

De incognito se reunieron en una sala de jefes y oficiales de más confianza. Tomó la palabra Diego, y les habló aproximadamente en estos términos: Señores, ha llegado el momento de interveir para salvar a España, tenemos que hacerla de la angustiosa situación que se encuentra y nadie mejor que el Ejército puede hacerlo, es necesario hacerlo por España y por nosotros mismos y nuestras familias para terminar con el desbarajuste actual, no podemos perder un minuto, luego ya no tendríamos tiempo, tenemos que principiar por esta misma noche, mientras la vida de la ciudad se paralice un poco, y la cojamos desprevenida.

Estuvo un buen rato hablando, tratando de calentar aquellos corazones a pesar de que pronto se había dado cuenta de la indiferencia con que están oídas sus palabras. Acabó pidiéndole solo trescientos hombres, con los cuales se comprometía a hacerse dueño de la capital; pero no pudo conseguir nada.

Salió de allí amargado y fué a ver a algunos amigos en diferentes sitios, pero en todas partes se encontró la misma negativa y lazoramientos y respuestas

parecidas, ya no podemos hacer nada, es inútil que nos arriesguemos. Y... descorazonado regresó a casa, pasadas las tres de la madrugada.

Poco raro llevaba acostado cuando llamaban a la puerta dos policías, que llevaban orden de detenerle y llevarle a Comisaría. Les mandó pasar y les dijo que acababa de acostarme, que tuvieran a bien dejarle descansar un rato y luego irían directamente a la cárcel. Desde allí mismo telefonaron a su jefe, lo que Diego les pedía, y como aquel no viera mal, así lo hicieron; es decir, le dejaron y volvieron unas horas más tarde. Ya les estaba esperando vestido y por la calle les fué contando lo ocurrido aquella noche. Ygual hizo en la declaración que después le tomaron no ocultó nada de lo que había hecho y de lo que pretendió hacer. Creó firmemente que estaba deseando que lo fusilaran.

Pero luego, pasado el primer momento de desesperación renació en él el deseo de seguir viviendo.

Como el General Queipo era de la situación, y era muy grande la amistad que les unía, hablaron por teléfono, le explicó lo ocurrido sin omitir detalle. A los pocos días salía de la cárcel y venía a Cañadilla. Fue a verle en la misma tarde. Tan pronto me vió, me llamó aparte y me dijo: Esperen vengan a registrar vente a la noche, traes un carro de paja para disimular y llevas las armas que tengo allí y las municiones. Hice según me dijo y guardé en mi casa todo, fusiles, tercerolas, metra-

lletas, pistolas y demás.

Todas las ilusiones y esperanzas habían pasado esfumándose como nube de verano; otra vez a padecer y a sufrir. Él, a pesar de ser de animo fuerte, se agobiaba y abatía. Le vi algunos días totalmente desesperado, y como pasaba mucho tiempo si vislumbrarse mejoría en la situación, llegué a temer que Cañadilla pasaría alguna desgracia, pero afortunadamente no fué la cosa así.

Le seguía persiguiendo la escasez de medios económicos. Hizo una segunda hipoteca de todos las fincas que aun poseía, pero, ¿que podía durar aquello?. - Bien poco cayendo como caía en vacío. Ni siquiera el rédito podía pagar, pues solo de intereses debía treinta mil duros. Podía considerarse arruinado.

Pasado el invierno allá por finales de abril, otra vez volvía a repetirse lo de antaño. Visitas frecuentes en Cañadilla. Señores de diferentes sitios y clases, gente joven en su mayoría. Cada visita que recibía, precia que le dejaba más alegre.

A mediados de Mayo, cinco individuos de Valladolid, vinieron una tarde, según ellos dijeron, solo por verle, le dijeron que estaba en Villaverde y aquí vinieron. Estaba en mi casa, entraron en una habitación donde estábamos, yo salí cerrando tras de mí. Me llamó

Diego, para que oyera lo que hablaban (y oí que les explicaba; es primo mío y de absoluta confianza), pero yo me negué a entrar, pensaba yo que mi presencia podía quitarles confianza, no obstante me situé junto a un falsete que tiene en la habitación, aplicándole bien el oído, además de estar viendo aparte de los reunidos por el agujero de la cerradura.

Cambiaban impresiones y se contaban mutuamente como iban las cosas. Se preguntaban se con contaban con fulano?. Está con nosotros remuñano?, o si el otro estaba en favor o en contra o indeciso.

Dijeron que tenían prisa por haber estado en Salamanca y esperarlos en Valladolid una comisión de Burgos. Sacamos un jamón y de prisa merendaron y se fueron. Luego que nos quedamos solos me contaba Diego lo que pasaba. No tienes que contarme nada, le dije, porque lo oí todo. Entre los visitantes; uno era teniente, y otro capitán; los demás eran paisanos.

Uno de los ayudantes del General Queipo de Llano estaba en comunicación con Diego entre los dos se proponían convencerlo para que se sumara al movimiento que estaba preparandose. Pero el General se hacía irreductible. Diego opinaba que era necesario que con alguna disculpa le trajeran a Cañadilla. Confiaba en que el no se resistiera si disponía de unos días para trabajarlos.

A últimos de Mayo del 36 llegó a Cañadilla acom

acompañado de dos de sus ayudantes para descansar un par de días. Después de hablar de muchas cosas bajaron a la huerta, pasaron un rato en los alamedas y luego regresaron a casa. Durante la comida hablaron de la situación y de la vida en España, estaban de acuerdo en casi todo. Terminaron de comer y la conversación se iba animando, pues Diego era muy fogoso, uno de los ayudantes tocaba en el extremo, y Don Gonzalo que no les iba en zaga años después lo comprobamos todos oyendo por radio tantas y tantas charlas. Todo marchaba bien en censurar el gobierno, si lo hacía mal en esto o aquello, o en lo de más allá. Si fula no tenía tal cargo y era un desastre, si España caminaba a la ruina, etc, etc. Así llegaba al punto más interesante y convencido aunque no por todos. No hay más remedio que sublevarse, dijo uno de los ayudantes.

Don Gonzalo dando un salto en su asiento, contestó de ninguna manera, yo no puedo me he sublevado una vez y no volverá a suceder, ni a hacerlo. Diego tomó la palabra y dijo categórico que su ayudante tenía razón, y que quien no lo hiciera sería un mal patriota y peor soldado; y que la mayoría de los que no querían sublevarse era por no perder la comodidad. Y cuando encarándose con D. Gonzalo le dijo que en su obligación insoslayable como la de todo español honrado era salvar a España, que se estaba hun-

hundiendo por momento, y que el precisamente, con su pasividad estaba contribuyendo a tal hundimiento como el que más. Pero que además estaba pisoteando la bandera que había jurado defender, y por consiguiente, estaba perdiendo la honra y el honor suyos y de sus hijos; y sin honor no honra, la vida era una porquería.

Pobré España; Continué Diego. ¡Como te ultrajan a tus hijos!. ¿Que dirán tus mártires y tus heroes desde sus tumbas?, al ver que pisoteas y desgarras la herencia de Pelayo, del Cid, de Guzmán, Daciz y Velarde y otros tantos de cientos y aún de miles.

Vendrán los comunistas que ya llaman a la puerta y otros dentro de casa, y después de arrastrarnos violaran a nuestras mujeres y a nuestras hijas destruyendo nuestros hogares.

No puedo creer que seas tan ciego que no veas estas cosas, a ti, no espero que no te va a servir el que te entregues a ellos te colgaran de un palo, porque a pesar de todo, más pronto o más tarde ten encontraran sospechoso.

En este punto intervino unos de los ayudantes para decir que estaba completamente de acuerdo con lo que había dicho D. Diego y que desde aquel mismo momento Diego sería su único y verdadero General.

Novidas y laboriosas fueron las sesiones y en ocasiones fueron muchos los que y las altas voces lo que demuestra que costó mucho trabajo convencer al General Queipo. D. Gonzalo y Diego pasaron malos ratos porque bien se vió de siempre que se querían como verdaderos hermanos.

Recuerdo que muchos años antes, cuando la Dictadura de Primo de Rivera, estando D. Gonzalo de Capitan General de en Ceuta, no sé porque motivo lo relevaron contra su voluntad, por cuyo motivo se enfrené con D. Miguel. Como Diego era amigo de ambos le faltó tiempo para intervenir y hacer de mediador a tal efecto les juntó para celebrar una entrevista, en ella, D. Gonzalo se empeñó en que tenían que reponerle de nuevo en Ceuta. Don Miguel no accedió a esto pero en cambio, por intervenir Diego le daba a escoger entre todos los demás Capitanías Generales de España, la que él quisiera menos Ceuta, que ya era bastante coincidir. Pues bien, D. Gonzalo no quiso aceptar, y se dió de baja - temporalmente pensandola mal economicamente; y no lo pasó bien aunque no tan mal ya por entonces que estaba Diego en la abundancia, ya. Luego pronto sublevó teniendo que escapar a Portugal hasta que cayó la Dictadura.

Con esto ha querido probar la suerte de la fuerte e indomable voluntad de D. Gonzalo a la vez que la gran amistad que lo unía con Diego.

Como venía diciendo costo trabajo que se deci -

diera a semanarse al Movimiento; pero ante las razonamientos de Diego y de sus ayudantes aunque fué muy duro rendirse no pudo resistir más y se entregó. Antes de salir de Cañadilla dió palabra formal de que iba a ir a la revolución con todas sus consecuencias. Tan gran triunfo sirvió a Diego de gran lenitivo en tales circunstancias tan desfavorables para él. De día en día se le conocía mejor semblante.

Hasta Septiembre no se pensaba hacer la Revolución, pues había que realizar algunos reajustes importantes. Pero debido a que los desmases y atropellos consentidos desde el poder no hubo más remedio que precipitar los acontecimientos.

Mucho fué lo hecho por Diego desde el primer día de el Movimiento. En un principio estuvo pesimista. Creyó en un segundo fracaso por haber fallado muchos resortes; - sobre todo la Marina; además de fracasar en Madrid, Barcelona y casi todo el Norte. Levante y mediodía, descaltadores en el alto de los Leones, etc, etc. En fin la situación - real no era para estar optimista y él se hallaba al corriente de todo. Sin embargo él escondía lo desfavorable delante de los demás e infundía en cuantos le rodeaban ánimo extraordinario, hasta el punto de hacer valientes de covardes, pues valía podía tener miedo estando a su lado.

Durante los primeros días todo era dificultades en Salamanca, pero mientras aparecía él automáticamente vencían.

Hata el presidente de la Diputación Provincial hubo de inv-
vestirse una semana. Todos los días salía por los pueblos
con un camión para reclutar voluntarios y todos los días
regresaba lleno el camión.

Las primeras semanas y aún podríamos decir meses,
no tuvo noche ni día de descanso; luego cuando fué pasando
el tiempo, las cosas se iban encauzando y pudo reposar un
tanto.

Tengo quedejar bien sentado que en esta prime-
ra época un tanto desengremada para algunos elementos poco
escrupulosos, Diego tuvo mucha elemencia con los perseguidos.
Quizá en los primeros días no fuera tanto pero siempre pen-
sando en hacer justicia. Cuando alguno se sentía perseguido
y recurría a él casi siempre lo liberaba del peligro a no
ser que la cosa fuera extremadamente grave. Para mucha -
gente de esta comarca Cañadilla era entonces su refugio.
En aquellos en cierto aspecto desgraciadas circunstancias
fue, como si dijéramos el paño de lagrimas de muchos. A otroa
para librarlos de la persecución los situaba en la frontera.
¡Había tanto que contar con todo esto, ¡Fueron tantos los
protegidos a quienes salvó la vida.

Cuando Villalobos el hombre honrado y bueno por
excelencia cayó en desgracia yendo a parar a la cárcel. Die-
go fué el primero que hubo de romper lanzas en su favor con
frecuencia iba a verlo en la prisión animándole y prome-
tiéndole que mientras él pudiera nada malo iba a pasarle. ¡

¡Buen testigo de ello era su familia.

Mientras la guerra seguía su curso con victorias y sucesos, diez y siete meses después de haber principiado le pregunté cierto día. ¿Que te parece?. Creo ya seguro que ganaremos la guerra. El no contestó. Todavía no se puede asegurar nada, ni en favor ni en contra. Es verdad que se ha hecho y se ha ganado mucho, pero queda aun mucho por hacer.

Pasadas unas semanas principió a ponerse delicado de salud. Era el principio del fin. Días después de la enfermedad se agravó y el día 12 de Marzo de 1.938 a las una breve mejoría murió en su casa de Salamanca a los 64 años de edad.

Tardó un año largo en terminas la guerra que el había principiado y vivido con tanta intensidad, entusiasmo y esperanzas.

Muchísimas cosas más podrían contarse de la vida agitada de este pequeño Napoleón siempre con lucha. Son tantos las que recuerdan mi memoria que sería muy largo de enumerarlas, por lo que renuncié a hacerlo. No obstante había una excepción pues no puedo resistir las ganas que me entran de hacerlo, aunque solo sea muy a la ligera.

Era entonces Diputado a Cortes allá por el año 1.922, no sé porque causa tuvo necesidad de ir a Lisboa en compañía de un amigo suyo.

En la noche fué a ver una función de teatro. Parece ser que la obra se representaba tenía cierto matiz político poco favorable a España. En determinado momento cada actor se hacía representante de una nación y hablaba de ella con mucha frecuencia, ponderando las riquezas de su país, las espirituales y las materiales; los medios y elementos defensivos y ofensivos con que contaban sus respectivos estados. En general eran gallardos, esbeltos y elegantes; y portaban una flameante bandera del país que representaban. Allí no se mencionó en un rato España para nada. Luego, de un rincón surgió un hombre que parecía raquítrico y viejo, portador de una bandera de España pequeñita y deslucida. Dicho personaje no había tomado parte en las intervenciones de los demás que parecieron primero.

Después principiaron a hablarle en un tono despectivo y burlón. Comentaban antes que si en España no era necesario contar, ya que no tenía nada de nada. Uno decía que era como una enferma sin remedio; otro lo apoyaba señalando que bien lo estaba demostrando su representante.

En fin salieron allí estas y otras cosas semejantes encaminadas todas a desprestigiar e insultar a España en su representante arapiento y famélico.

Mientras Diego se removía en su asiento impacien-

impaciente y nervioso sin poder aguantar los insultos que se dirigían a su Patria. Ya habían entregado al amigo que le acompañaba el reloj de oro que tenía; no se si también la Vigen de tela que siempre llevaba consigo y alguna - que otra cosa más; diciéndole "Si acaso me matan esta noche entrega todo esto a mi familia. Entonces mi amigo se sintió preocupado pero no alcanzó a comprender el proque de lo que hacía y lo decía.

Pues bien: Como siguieron la mofa y los insultos contra el hombrecillo enfermo que representaba a España hasta el extremo de llegar que uno de ellos de un empujón le hizo caer al suelo con su vieja y desalizada bandera.

Entonces Diego con extrema rapidez saltó del asiento de dos brincos se metió en el escenario: Arrancó la bandera de manos del caído la puso muy alta y comenzó a dar gritos de ¡Viva España, al mismo tiempo que con el asta de la misma repartía golpes a diestro y siniestro entre los actores que se habían dirigido en contra de España y que ahora cogidos tan de sorpresa no sabían que hacer, pues el único actor que quedaba era - Diego que seguía golpeando y dando gritos de "Viva España" hasta que cayó el telón.

Luego entre todos con tiempo y buenas razones lograron reducirlo, aunque les costó trabajo. En seguida acudieron a felicitarle dos generales portugueses que en un palco estaban presentado la función; primero le -

estrecharon las manos con efusión y luego querían levantarle en alto para que el público pudiera admirarle mejor. Al siguiente día contra la voluntad de Diego que quería venirse, le dieron un banquete de homenaje y admiración por lo que había hecho, reconociendo que era un gran patriota aunque temerario en sus acciones. No querían dejarle venir en unos días pero al siguiente del banquete, su amigo y el regresaban a Salamanca.

Volvamos un minuto a encontrar a mi tío Andrés. Cuando regresó a Cuba con Encarnación después de haber pasado unos meses en España mientras él creía que se ejecutaría la sentencia contra Diego. Pero se encontró con que este continuaba en el castillo de Santiago de Cuba donde ni siquiera seguiría hasta la intervención de los Estados Unidos.

Terminada la guerra se quedó en Manzanillo con toda la familia. En los primeros meses hubieron de sufrir algunas pequeñas vejaciones por haber sido a favor de los españoles en la contienda. Pero luego pronto se fueron suavizando las cosas, y ya nadie se volvió a meter con ellos. Como mi tío estaba en buena posición económica vivió holgadamente aunque en la casa era de mucho gasto, porque todos en ella estaban habituados a vivir en la abundancia.

El segundo de los hijos de mi tío se llamó Gerardo y murió aproximadamente a los 45 años de edad, cuando

cuando aun estaba soltero.

Seguía Encarnación que aunque si fué casada, no tuvo hijos y contaría unos 50 años cuando murió.

El cuarto Agustín tambien murió soltero como a los cuarenta años.

Luego Rosalía, esta si fué casada y creo que aún vive aunque no se si tuvo familia o no.

Andrés paseee que aun vive soltero: Creo que este se parecía mucho a mi padre.

Augusto murió hace cuatro años, era Director del Instituto de Santiago de Cuba,; si fué casado.

Mercedes que era la más pequeña, se casó aqui en España, pero quedó viuda a los pocos años y desde entonces vivió siempre con sus hermanos Diego y María. Tiene dos hijos Andrés y Ramón, y una hija, todos casados.

Después de terminada la guerra de Cuba vivió mi tío Andrés unos 14 años; y tendría 66 cuando murió. Mi tía vivió años seis u ocho años más.

Y aquí doy fin a estos apuntes hechos a la ligera y como curiosidad y pasatiempo.

Fecha de nacimiento y nombres de mis hijos

Diego	nació	el	13	de	Septiembre	de	1.909
Miguel	"	"	15	"	Mayo	"	1.913
Leonardo	"	"	29	"	Enero	"	1.917
Felicidad	"	"	25	de	Noviembre	"	1.918

Ignacio	nació	el	3	de	Febrero	de	1.921
Andrés	"	"	23	"	Abril	"	1.923
Alejandro	"	"	10	"	Mayo	"	1.925
Isabel	"	"	6	"	Febrero	"	1.930

No se hace referencia a otros dos que volaron al cielo.

Hoy 31 de Agosto de 1.955

Firmado y rubricado

Alejandro Martín



En el presente se ha
 hecho un estudio de
 los datos estadísticos
 que se han reunido
 durante el período
 comprendido entre el
 1.º de enero de 1953
 y el 31 de diciembre
 de 1954.







